

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Balas de oro

Baby ha sido expulsada de la CIA, pero todavía sigue queriendo a todos sus excompañeros como hermanos, por lo que no duda en acudir en ayuda de uno de ellos que le llama por la radio de bolsillo.

Pero cuando llega en su ayuda, éste le dispara varias balas antes de ser cazado por sus enemigos. Pronto descubre Brigitte que las balas son de oro y que contienen algo.



Lou Carrigan

Balas de oro

Brigitte en acción - 116

Archivo Secreto - 241

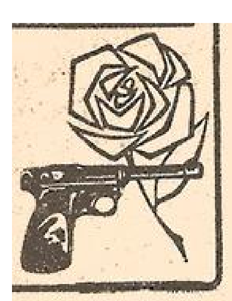
ePub r1.0

Titivillus 15.08.2017

Lou Carrigan, 1970
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

El sol de mayo, en Nueva York, no es todavía una gran cosa en cuanto a potencia bronceadora, pero cuando el día es bueno, claro y sin aire, pueden conseguirse aceptables resultados. Además, como se suele decir, más vale algo que nada. O sea, que más valen unos rayos de sol no demasiado potentes, a un cielo nublado. *Okay*.

En cuanto a lo de estar expuesta al sol, la señorita Montfort podía hacerlo perfectamente en la cabina descubierta y privadísima de su club; cada socio tiene una cabina privada, de modo que sólo hay que entrar en ella, desnudarse, y tumbarse en una extensible. Y aquello sí que era vida. Auténtica vida de paz, de seguridad, de descanso. Nada de andar a tiros por ahí, con la vida pendiente de un hilo. Eso… pertenecía a tiempos pasados. Tiempos de tensión y muerte, que parecían muy lejanos, y que seguramente, ya jamás volverían. Adiós al espionaje, a la CIA, a los choques con los espías enemigos, a las persecuciones… Adiós a todo eso.

Actualmente, Brigitte Montfort, alias Baby, podía permitirse el lujo de perder horas y más horas tomando el sol, mientras pensaba en todo esto. De todos modos, tenía muchas cosas que hacer. Aunque la CIA la hubiera expulsado, ella siempre tendría cosas que hacer: podía escribir libros, pintar, viajar, descansar de casi catorce años de espionaje durante los cuales había ido progresando hasta convertirse en la más audaz, astuta, peligrosa, invencible espía de todo el mundo. Adiós a todo esto. Un adiós nostálgico, casi triste.

Muy triste, ésa era la verdad.

Suspirando, Brigitte se incorporó en la silla extensible, y se inclinó hacia un lado, para recoger su bolsito. Encendió un cigarrillo… y se quedó mirando el pequeño encendedor de platino y brillantes, dentro del cual había una cámara para microfotos. Y al guardar el encendedor, vio el paquete especial de cigarrillos, dentro del cual estaba la diminuta radio con alcance de casi cincuenta

millas, fabricada especialísimamente para ella y otros agentes de envergadura, por la CIA. Adiós también a aquellas llamadas por la radio de bolsillo, a la conversación amable y simpática con sus Simones, a aquel intercambio de información, de órdenes, de bromas, de citas… Adiós a todo.

Adiós al espionaje.

En verdad, hacía falta estar loca para sentir nostalgia por aquellos momentos en que se había jugado la vida cientos de veces, pero… Bien: ella debía estar loca, eso era todo. Lo mejor que podía hacer era marcharse de Nueva York una temporada. Podía ir a visitar a Número Uno, a Malta, en Villa Tartaruga. Sí. Podía hacer eso… Número Uno se pondría tan contento…

El teléfono de su cabina privada emitió un timbrazo, que pareció diluirse en el aire, con suavidad. Así era el club privado de la espía internacional: con teléfono incluso en las cabinas situadas en la gran extensión de césped. Más allá, había pistas de tenis, y un enorme y cuidadísimo campo de golf. Cerca de las cabinas, dos piscinas formidables. Todo magnífico… y aburridísimo. Sin embargo, los que iban a las cabinas querían precisamente eso: aburrirse, pensar, soledad absoluta.

Estuvo mirando el teléfono unos segundos, mientras continuaba sonando. Por fin, fruncido el ceño, lo descolgó.

—¿Sí?

—Señorita Montfort, perdone que la moleste… Ya sé que la norma del club…

—Está bien, Thaddeus. ¿Qué ocurre?

—Hay dos caballeros en Recepción, que preguntan por usted. Les he dicho que era imposible verla ahora, que no se la podía molestar, pero ellos han insistido tanto… Dicen que usted los atenderá, que es importantísimo.

—¿Han dicho sus nombres?

—Oh, sí… Aseguran ser tío Charlie y Simón. Pero si usted no desea que…

—Que vengan aquí, Thaddeus, acompañados de un botones. Los recibiré.

—¿En la cabina?

—Desde luego.

—Bien… A sus órdenes, señorita Montfort.

—Gracias.

Colgó el auricular y se quedó pensativa. Notaba latir su corazón a toda prisa. No quería hacerse ilusiones, pero la presencia allí de tío Charlie y de Simón quizá significase buenas noticias. Quizá la CIA había decidido olvidar el asunto del Proyectil Caribe, y le enviaban como mensajero de buena voluntad a Pitzer… Sí… Quizá.

Se puso en pie, recogió su albornoz y se lo puso; era una prenda de una sola pieza, con cremallera en el centro, del modelo llamado James Bond, aunque con ciertas modificaciones. De un modo u otro, aquel color azul pálido le sentaba de maravilla a su piel dorada y a sus ojos de aquel fantástico azul…

¿Qué querrían tío Charlie y Simón? Porque, desde luego, no vendrían allí a hablarle de periodismo, ni del clima. Tenía que ser por una cuestión de espionaje, lógicamente. Y la perspectiva de volver a entrar en acción aceleró nuevamente el ritmo de los latidos del corazón más generoso del mundo… y el más cruel, si era necesario.

Charles Alan Pitzer y Simón llegaron tres minutos después. Brigitte abrió la puerta de la cabina, con expresión indiferente, y se quedó mirándolos. Luego miró al joven botones que los había acompañado hasta allí y le sonrió dulcemente.

—Gracias, Miky. Recuérdame luego que te debo un dólar.

—Sí, señorita Montfort —sonrió también el muchacho.

Se alejó y la espía se apartó de la puerta.

—Pasen.

Pitzer se pasó la lengua por los labios.

—Si la comprometemos entrando en esta cabina…

—Este es un lugar serio, señor Pitzer. Además, los que podemos pagar la cuota de este club, disponemos de mejores medios para nuestros asuntos pecadores. Pasen.

Entraron los dos. Simón la miraba fijamente, y sonreía, como un poco avergonzado. A fin de cuentas, en el fondo de sus corazones, todos cuantos estuviesen enterados del motivo por el que Baby había sido expulsada de la CIA tenían que darle la razón a ella. *La* razón humana, sin lugar a dudas, estaba siempre del lado de Baby. Las otras razones, a ella no le importaban.

—Lamento no haber traído más asientos a la cabina… —dijo la divina—. Pero no creo que estén incómodos en esta espléndida y

mullida hierba. ¿Un cigarrillo?

Pitzer movió negativamente la cabeza, pero Simón aceptó. El jefe del sector de Nueva York de la CIA estaba muy mohíno. Brigitte se sentó en la silla extensible y encogió los hombros graciosamente cuando comprendió que los dos hombres iban a permanecer en pie.

—Usted dirá, señor Pitzer.

—¿Ya no me llama tío Charlie?

—Tío Charlie es un nombre clave que utilizaba cuando trabajaba para la CIA. Actualmente no presto mis servicios en ese organismo.

—Bien… Precisamente de eso queríamos hablarle, Baby…

—Brigitte —corrigió ella—. O señorita Montfort, como prefieran. También el nombre de Baby resulta inadecuado ahora.

—Sí, claro… Claro… Ejem… Bueno, hemos venido a hacerle una proposición. Hemos tenido una idea respecto a su posible reingreso en la CIA y quizá le interese, Brigitte.

—Quizá… —musitó la espía—. ¿Los envía la junta, o quizá míster Cavanagh…?

—Usted sabe bien que míster Cavanagh no puede tomar esta clase de decisiones. En cuanto a la junta, pues… no. No. Venimos de un modo privado… personal.

—¿De veras? —sonrió secamente Brigitte—. Pues eso puede costarles un disgusto a los dos. Ya saben que en la CIA no se admiten de buen grado decisiones personales. Pero vayamos al grano, señor Pitzer: ¿qué han venido a decirme?

—Que vuelva a la CIA.

—¿Me han llamado desde la Central?

—Pues… no.

—Entonces, no comprendo.

—Hemos pensado que quizá usted aceptaría nuestra idea para volver a trabajar con nosotros…

—¿Con la CIA?

—El señor Pitzer quiere decir con él y conmigo —murmuró Simón.

—No entiendo nada de nada… ¿Han venido a proponerme que trabaje para ustedes… sin que la CIA lo sepa?

—No, no… —Se sobresaltó Pitzer—. La idea es que usted vuelva a ingresar en la CIA. Yo… Nosotros, los del sector de Nueva York, la… echamos mucho de menos. Aparte, tenemos noticias de que la

CIA ha sufrido ya un par de fracasos en estas tres semanas: uno en Buenos Aires y otro en Calcuta. Tenemos la seguridad de que eran misiones adecuadas para usted… Si usted hubiese ido, Brigitte, esos fracasos no se habrían producido.

—Entiendo. Bueno… Lo lamento, pero no puedo obligar a la CIA a que me admita de nuevo…

—Puede conseguirlo.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Pidiéndolo usted misma. Vaya a la Central y pida a la junta que la readmitan.

—¿Está bromeando…? —replicó fríamente Baby—. ¿Cree que yo voy a ir a la Central a suplicar que me admitan? Creí que me conocía mucho mejor, señor Pitzer.

—La conozco bien… Bueno, es que con la idea que hemos tenido Simón y yo, la cosa podría ser más discreta. No daría la impresión de que usted era quien pedía que…

—Su idea, no lo dudo, debe ser magnífica. Pero no me sirve. Buenos días, caballeros.

—Brigitte, la CIA la necesita. Y nosotros también… El sector de Nueva York ya no es el mismo. En cuanto a los asuntos internacionales que usted habría resuelto fácilmente…

—Mi respuesta es NO, señor Pitzer.

—Pero es que la cosa podría hacerse de tal modo que…

—Les agradezco su buena intención. Supongo que han adivinado que yo también echo de menos los contactos con los compañeros, mi trabajo en todo el mundo… De verdad que les agradezco a los dos su interés, y el afecto que me demuestran. Pero no cederé. Nunca lo haré. Yo no necesito para nada a la CIA. ¿Qué esperan? ¿Que vuelva allí y les diga a todos que estuve equivocada, y que admito mi error? ¡Ni lo sueñen! Si hiciera eso, me traicionaría a mí misma. Hice lo que mi conciencia humana me dijo que debía hacer. Soy una espía, y he matado a muchas personas, lo sabemos bien… Pero los que han muerto a mis manos, bien muertos están. Merecían morir. También he dejado escapar vivos a muchos espías enemigos, porque mi conciencia me decía que ésos merecían vivir. Siempre he hecho lo justo, lo razonable, lo bueno… Aun matando, siempre he estado en paz conmigo misma, con mi conciencia. Sí voy ahora a la Central, y pido que me readmitan, sería como reconocer que no he

estado haciendo las cosas bien, o que soy una estúpida, o que ahora reniego de mis propios principios. No, gracias.

—Demonios… —masculló Simón—. Usted ve las cosas de una manera muy rígida, Brigitte.

—¿Rígida? —La espía estaba asombradísima—. ¡Pero Simón, si jamás ha habido una espía más flexible que yo! Mi rigidez es sólo para mantener mis principios, que yo creo justos, bondadosos, honrados… No pienso renegar de ellos ni ahora ni nunca, por nada ni por nadie. Buenos días, caballeros. Y gracias por su interés… personal por mí.

—Con nuestra idea…

—Señor Pitzer, sus ideas no me interesan, cuando están en oposición con las mías. No hay nada más que hablar, créame.

—No creo que le resulte tan difícil ir allá y pedir… pedir…

—¿Perdón? —sonrió agitadamente Brigitte.

—Bueno… No quería decir exactamente…

—Adiós, señor Pitzer. Adiós, Simón. ¿Conocen el camino de salida de este club?

Los dos hombres cambiaron una mirada de desaliento. Cuando volvieron a mirar a Brigitte, ésta se hallaba tumbada, con los ojos cerrados. Parecía una muñequita.

—Si cambiase de idea… —musitó Pitzer.

Brigitte abrió los ojos y se quedó mirándole con una amabilidad que desasosegó a Charles Alan Pitzer.

—Oh, sí… Si llegase a cambiar de idea, usted sería el primero en saberlo, señor Pitzer. Pero es mejor que se lo tome con calma. Estaba tomando el sol desnudita, y eso es lo que quiero seguir haciendo. ¿Me perdonan?

Se puso en pie, se bajó la cremallera cuatro o cinco pulgadas, y se quedó mirando de uno a otro. Simón tragó saliva, con la mirada clavada en la abertura de la cremallera. De pronto, dio media vuelta, abrió la puerta de la cabina y se quedó a un lado. Pitzer salió y Simón lo hizo detrás, cerrando tras él.

Y de nuevo sola, la espía internacional acabó de quitarse el albornoz. Volvió a tenderse en la extensible y, poco a poco, una amarga sonrisa fue apareciendo en sus labios. Comprendía bien a Pitzer y a Simón. La echaban de menos… La querían sinceramente, y estaban decepcionados por todo aquel asunto.

Pero, desde luego, no sería ella quien fuese a pedir perdón a nadie por haber hecho lo que su conciencia le dijo que era necesario hacer. No la sorprendería demasiado que la CIA decidiera eliminarla, pues sabía posiblemente más sobre ese organismo que cualquier otro agente, y además tenía demasiadas ideas propias.

Podían intentarlo, si querían… Podían hacerla pedazos. Lo que quisieran… menos obligarla a renunciar a sus convicciones humanas, por muy espía que fuese… o hubiese sido.

Y si intentaban…

De pronto respingó y se incorporó vivamente. Se quedó mirando, muy abiertos los bellísimos ojos, el bolsito deportivo que teñía en la mesita. Su oído era finísimo, pero además, jamás podría confundir aquel zumbido con ningún otro sonido en este mundo: su radio de bolsillo estaba emitiendo una llamada.

Adelantó una mano, pero la retiró vivamente. La llamada no era para ella, por supuesto. Alguien estaba llamando a la CIA del sector de Nueva York eso era todo. Y debía estar a menos de cincuenta millas, para que su radio captase la llamada. Este era un aspecto divertido de la cuestión: la habían expulsado, pero conservaba todo su equipo, de modo que si algún agente llamaba a la floristería de tío Charlie, ella podía también escuchar lo que hablasen. Y eso no debía gustar a la CIA. Podían pedirle la radio, ciertamente, pero sabían que ella podía construir otra con sus propias manos. Debían estar muy molestos, evidentemente.

Bip-bip-bip-bip-bip…

¡Qué insistencia! Pero por mucho que llamasen, no le podrían contestar, fuese quien fuese, ya que Pitzer y Simón no estaban en la floristería, sino muy cerca de su club… Un gran detalle de los dos viejos amigos, tenía que admitirlo: habían ido los dos a vería, a pedirle que hiciese algo para volver a trabajar con ellos…

Bip-bip-bip-bip-bip-bip-bip…

¿Y si estuviese ocurriendo algo importante? Cierto: ella no trabajaba ya para la CIA, pero eso no quería decir que hubiera dejado de sentir cariño por sus compañeros.

Bip-bip-bip-b…

Recogió rápidamente la radio y admitió la llamada. Que fuese lo que Dios quisiera.

—¿Sí? —musitó.

Hubo un instante de silencio. Luego, la voz excitada de un hombre brotó del paquete de cigarrillos que contenía la diminuta radio:

—¿Es usted, Baby? —susurró, vacilante.

—Sí.

—Bien… Estoy en un apuro serio y…

—Lo lamento —murmuró roncamente Brigitte—. No puedo hacer nada por usted. Estoy fuera de la CIA.

—Ya lo sé… ¡Pero estoy en un grave apuro! Usted es la única que ha contestado a mi llamada: parece que Nueva York está vacía de agentes ahora…

—Insista dentro de unos minutos.

—¡No puedo esperar esos minutos…! ¡Usted tiene que…!

—Voy a cerrar la radio. Perdóneme.

—¡Me van a matar! Estoy escondido, pero van a encontrarme tarde o temprano… Me están buscando, se van acercando… Son tres hombres contra mí, me tienen acorralado… ¡Van a matarme si usted no me ayuda, Baby! ¿No lo entiende?

—Lo siento. No puedo intervenir.

—Por el amor de Dios… ¡Soy Simón, Baby! ¡Soy uno de los Simones, uno de sus compañeros…! Escuche, hay tres hombres que han matado ya a un compañero nuestro, y me han acorralado. Comprendo su actitud, pero van a matarme… No le pido que se arriesgue: sólo que venga aquí, que distraiga a esos hombres… ¡Tengo que escapar, con algo importante que le hemos quitado a uno!

—Ya no trabajo para la CIA. Lo lamento.

Otro instante de silencio.

—Está bien —se tensó la voz del comunicante—. La comprendo. Perdone que la haya molestado. ¿Será tan amable de enviarme flores, al menos?

Brigitte sonrió débilmente.

—¿Dónde está usted, Simón?

—Metido como una rata en un montón de sacos, en el almacén veinticuatro del *dock* treinta y dos… En los muelles, naturalmente. Siguen buscándome. Van a encontrarme, tarde o temprano. No tienen prisa, saben que estoy atrapado aquí dentro…

—¿Me conoce usted, Simón?

—¿Personalmente? No.

—Estaré ahí dentro de veinte minutos. Llevaré un libro en la mano izquierda, o una revista. Llevaré peluca rubia y lentes de sol. Es todo.

—¡Baby!

—¿Sí?

—Gracias. No sé si aguantaré esos veinte minutos, pero… gracias.

—No hay de qué, Simón. Hasta ahora.

Cerró la radio y la guardó. Descolgó el auricular del teléfono, tomó línea apretando el botoncito, y llamó a su propio apartamento. A los pocos segundos oía la voz de Peggy:

—Apartamento de la señorita Montfort.

—Peggy, soy yo. Tienes que estar dentro de quince minutos en la entrada principal de la Hudson Terminal, en Battery, con mi equipo número tres y el maletín. Lleva el coche pequeño. ¿Entendido?

—Sí, señorita; pero quince minutos…

—Arréglatelas como puedas. Quince minutos. Más difícil va a ser para mí, y voy a intentarlo. Es todo.

Colgó, se puso a toda prisa el albornoz, recogió el bolsito y salió de la cabina abandonando la plácida vida, el sol y la comodidad.

Tan sólo siete minutos más tarde, salía del club, llevando en una mano la revista que había recogido en el vestíbulo. El botones que había llevado a su cabina a Pitzer y Simón la vio pasar, y le sonrió, esperando su dólar; pero, para su completo asombro, la señorita Montfort no cumplió su palabra. Lo cual era pasmoso, ya que sucedía por primera vez.

Ya en el *parking* privado, Brigitte se metió en su «Dodge» azul y arrancó a toda prisa.

Había mirado por lo menos una docena de veces su relojito, desesperada por el implacable paso de los minutos. Tenía por lo menos quince minutos hasta Battery, luego casi cinco hasta los muelles de aquella parte… Total, veintidós, más los que ya habían transcurrido. En verdad desesperante.

Por el camino se fue preguntando si no se estaría complicando la vida. Pero sabía muy bien que no se arrepentiría de nada. Una cosa habría sido ayudar a la CIA en la consecución de alguno de sus

planes o proyectos. Y otra cosa muy diferente era ayudar a salvar la vida a un hombre al que ella continuaba considerando como un compañero, como un querido Simón.

Ciertamente, no sería la agente Baby quien dejara sin respuesta la llamada angustiosa de un compañero en peligro.

Capítulo II

Peggy la estaba esperando ya delante de la Hudson Terminal cuando ella llegó, nerviosísima, pues había detenido el coche en zona prohibida. Brigitte abrió una portezuela, entró, y señaló hacia atrás, donde había dejado el «Dodge» de cualquier manera.

—Regresa a casa.

—Sí, señorita.

Peggy salió del pequeño coche deportivo rojo, se hizo cargo del «Dodge», y regresó hacia la Quinta Avenida, mientras Brigitte se alejaba con el cochecito hacia abajo, hacia Rector Street, para llegar por esta calle a los muelles. Allí, la atmósfera parecía un poco más turbia. Se veían muchos barcos, gabarras, lanchones, *ferries*… Un enjambre de gaviotas revoloteaban por encima de las sucias aguas del Hudson River. Se oían sirenas de algunos barcos y lanchones. La actividad era enorme en aquella parte; enormes camiones recogían la mercancía directamente de algunos barcos, y de los *docks*… Estuvo recorriendo la zona del muelle hasta llegar al *dock* 32, y enseguida vio el almacén marcado con el número 24. Había un gran coche, un «Plymouth» azul, cerca de aquel almacén. Muy cerca, había un hombre, mirando hacia allá. Era el único que sentía interés por aquel almacén, en aquellos momentos, ya que la actividad portuaria estaba centrada en otros dos, alejados de allí casi cien yardas.

Curioso. Muy curioso. La gente trabajando tranquilamente, y, en sus propias narices, unos cuantos espías dispuestos a dirimir una cuestión. Al fin y al cabo, los espías también estaban trabajando.

Brigitte detuvo el cuche tras una grúa, y en menos de un minuto se colocó la peluca rubia que contenía su equipo número tres. Los lentes de contacto, ayudándose, por la imagen que le devolvía el espejo retrovisor, se los puso en medio minuto. De este modo, quedó convertida en una mujer de cabellos rubios, ojos negros… Y

encima, se puso los lentes oscuros. Se metió la pistolita de cachas de madreperla en el escote, y miró su relojito. Desde que había conversado con Simón, habían transcurrido treinta y cuatro minutos. Espantoso… pero inevitable. No es posible ir más deprisa por Nueva York.

Salió con el coche por detrás de la grúa, directa hacia el almacén. Lo detuvo a menos de treinta yardas del hombre que esperaba junto al «Plymouth», muy vigilante con respecto al almacén. Sin vacilar, se apeó, y comenzó a caminar hacia allí, con su aire tan gracioso y vivaz, tan… despampanante. Era una emoción tremenda tan sólo ver caminar a la señorita Montfort. Todo un bellísimo espectáculo lleno de elegancia y ritmo.

Y a un ritmo brutalmente rápido se sucedieron los acontecimientos. Fue como una descarga eléctrica. Más adelante, Brigitte Montfort podría calcular que todo ocurrió en menos de siete u ocho segundos.

Se estaba alejando del coche cuando, por un lado del almacén, desde una alta ventana, se tiró un hombre. La altura era poco menos que mortal, para un salto efectuado con aquella rapidez, con aquella ansiedad por escapar de algo… Pero el hombre cayó perfectamente sobre sus pies, rebotó, dio un par de volteretas por el suelo, y se puso en pie. Brigitte se había detenido en seco, e, instintivamente, sacó la pistolita.

Al mismo tiempo, de dentro del almacén llagaron unos gritos de aviso, y el hombre que estaba junto al «Plymouth» respingó, y echó a correr hacia la puerta… Casi simultáneamente, el hombre que había saltado por la ventana del almacén comenzó a disparar… contra Brigitte Montfort. Los disparos apenas se oían, ya que eran efectuados con silenciador. Pero, mientras Brigitte saltaba hacia atrás, lanzando un gritito de sobresalto, las balas comenzaron a acribillar su pequeño cochecito deportivo.

Cosa asombrosa: todas las balas iban dirigidas al cristal parabrisas, que se llenó de diminutos agujeros bordeados por la clásica formación de la tela de araña, hasta que, finalmente, irremediablemente, el cristal se derrumbó en mil fragmentos dentro del coche… Para entonces, Brigitte ya estaba debajo, bien protegida, lista para disparar su pistolita. Y por debajo del coche veía las piernas del hombre que había estado vigilando la puerta del

almacén, corriendo ahora hacia donde estaba el que había saltado por la ventana, y que ya había dejado de disparar, agotada la carga de la pistola. Sin vacilar, Brigitte sacó la manita y disparó contra aquel hombre, que lanzó un chillido al recibir el impacto del pequeño proyectil en un lado del pecho. Cayó de rodillas, soltando la pistola, y miró con tal expresión de asombro y angustia hacia Brigitte, que ésta se estremeció… ¿Qué le ocurría a aquel hombre? ¿Disparaba contra ella, y se asombraba de que ella disparase contra él?

—¡Váyase! —gritó—. ¡Márchese de aquí…!

Dos hombres se estaban descolgando ahora por la misma ventana que había utilizado el primero. Y mientras, el que había estado junto al «Plymouth», se volvía hacia Brigitte, alzando la enorme pistola provista de silenciador. La mirada de la espía fue hacia allá con la velocidad del relámpago… y con no menos velocidad fue la siguiente bala que disparó. El hombre lanzó un chillido, retrocedió un par de pasos, y se llevó la mano izquierda al hombro herido. Los otros dos llevaban ya la pistola en la mano, y gritaban algo que Brigitte no pudo entender.

Lo que sí entendió era que todo estaba perdido, y que quedarse allí sólo podía significar la muerte. De modo que salió de debajo del coche, se coló dentro sin incorporarse y, sentándose encima de miles de diminutos cristales, accionó el motor.

De los dos hombres que acababan de saltar por la ventana, uno estaba ayudando al primero a ponerse en pie, y el otro parecía dispuesto a disparar contra ella. Demasiado lento para enfrentarse con la agente Baby, que disparó cómodamente por el hueco dejado por el destrozado parabrisas. El hombre dio un salto hacia atrás, buscando la esquina, mientras su compañero arrastraba al herido, rudamente… y el del coche se ponía al volante.

Cuando rugió el poderoso motor del «Plymouth», Brigitte ya estaba dando la vuelta con su cochecito, dispuesta a alejarse de allí a todo gas. Terminó de dar la vuelta, y miró por el retrovisor. Vio el coche «Plymouth» detenerse en seco junto a la esquina del almacén. Los dos hombres arrastraban al primero que había saltado por la ventana, al que había disparado la carga completa de su pistola contra el coche de la espía… Y antes de alejarse de allí, Brigitte todavía pudo ver cómo metían al herido dentro del «Plymouth», el

cual arrancó enseguida tras ella.

Parecía que algunos obreros se habían dado cuenta de que algo sucedía allí, pero estaban desconcertados. Todos los disparos habían sido hechos con silenciador, de modo que lo único que se notaba era una agitación junto a un coche grande, y otro coche pequeño, con el cristal parabrisas destrozado, que se alejaba de allí velozmente.

Mirando por el retrovisor, Brigitte vio pronto al «Plymouth» tras ella, pero sonrió fríamente: para alcanzar a la agente Baby, y nada menos que en Nueva York, hacía falta algo más que un coche más potente que el suyo. Por lo menos, un helicóptero.

Y aquella gente parecía no disponer de semejante vehículo.

* * *

Una vez hubo entrado en el viejo almacén donde tenía su privadísimo escondrijo en la ciudad, se apresuró a cerrar la doble puerta, dejando el lugar poco menos que a oscuras. Aquél era un lugar que casi nadie conocía, muy seguro… y muy conveniente. Un par de guardias de tráfico la habían detenido al ver roto el parabrisas, pero se había desembarazado de ellos diciendo que llevaba el coche al taller, para que le colocasen un cristal nuevo. Ciertamente, había llamado un tanto la atención, pero eso no tenía la menor importancia. Lo que sí tenía importancia era que, naturalmente, había dejado atrás al coche «Plymouth».

Lo primero que hizo Brigitte fue efectuar una llamada por el teléfono del almacén que tenía en propiedad desde hacía algunos años. Luego, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el coche. Por supuesto, los dos asientos habían quedado destrozados a balazos. Habría que cambiarlos. Quizá hubieran dañado también alguna pequeña pieza del interior del coche…

—Qué cosa tan absurda… —musitó de pronto la espía—. No entiendo nada de nada.

Decidió que se había ganado un trago, y bajó al sótano, por una estrecha escalera de peldaños de piedra. Encendió la luz, iluminando el estrecho pasillo. Había varias puertas a cada lado, y allá, la agente Baby tenía cosas que habrían sorprendido incluso a la CIA: desde morteros pequeños hasta metralletas. Todo bien

escondido detrás de las paredes, desde luego. Pero no fue a ninguno de los cuartos que contenían material agresivo, sino al saloncito de descanso. Allá se refugiaba algunas veces, cuando quería estar sola para trabajar en algún artículo especial y no disponía de tiempo para ir a su villa que tenía junto al lago…

—Completamente absurdo —insistió.

El saloncito estaba deliciosamente decorado e iluminado, con el confort y el buen gusto que la espía internacional tenía para todas sus cosas. Había mueble-bar, televisión, *hi-fi*, librería, muebles cómodos, alfombras, cuadros… Un nidito muy interesante.

Se sirvió un par de pulgadas de vino español, y bebió un sorbito, pensativa. Había que reflexionar, ciertamente.

—Vamos a ver —habló en voz alta, como si se estuviera dirigiendo a otra persona—. Primero, Simón me llama por la radio, y me dice que está en peligro en los muelles. Voy allá. Un hombre salta por la ventana… ¿Conclusión?: ese hombre huía de algo… y ese algo, eran los otros dos hombres que luego también saltaron por la ventana. El que estaba fuera, oyó los gritos de los que estaban aún dentro, y fue al encuentro del que había saltado ya. De donde se desprende que ese hombre que saltó en primer lugar estaba acorralado por los dos de dentro y por el de fuera, pues de otro modo no tenía por qué escapar a la desesperada por la ventana. *Okay*, encanto, eso es. Por tanto, debo pensar que ese hombre acorralado era Simón. Debió verme llegar, y se decidió a saltar por la ventana, para venir a mi encuentro, subir al coche y marcharnos los dos de allí. Eso, queridita, es lo lógico. Ahora, pregunto: ¿por qué Simón, en lugar de continuar huyendo, viniendo hacia mí y mi coche, se detuvo y comenzó a dispararme? Como dijo Matlet, *that is the question*… Sí: ésa es la cuestión. ¿Por qué me disparó en lugar de venir a mi encuentro para escapar juntos de aquel cepo? Supongamos que, sabiendo que no podría llegar hasta mi coche, porque estaba un tercer hombre fuera del almacén, decidió no sacrificarme, alejarme de allí… Ya no había posibilidad de salvación para él, y quiso que yo me fuese. Pero entonces, insisto: ¿por qué dispararme?

Bebió otro sorbito de vino y aprobó con la cabeza. Era el vino que se llama «sol de Andalucía embotellado», y esta definición de un vino la hizo sonreír.

Pero enseguida su sonrisa se esfumó. La cuestión había que mirarla desde varios puntos de vista. Si lo pensaba detenidamente, tenía que asombrarse de una cosa: ninguno de aquellos tres hombres había disparado contra Simón. ¿Por qué? ¿Querían cazarlo vivo? ¿O todo era una trampa contra Baby?

Esta última idea le puso los pelos de punta. Quizá la CIA había decidido eliminarla, ciertamente. Era monstruoso, pero conocía lo suficiente de espionaje en serio para no asombrarse de nada. Sí... Podían haberle tendido una trampa: la llaman a un lugar, con un agente como cebo, y, cuando llega, los cuatro tienen orden de matarla. ¿Podía ser esto? Si era cierto, habían hecho las cusas rematadamente mal. Habría sido más fácil dejarla entrar en el almacén y acribillarla.

Soltó un resoplido, y bebió otro sorbito de vino. Había que llegar a la conclusión de que como trampa era demasiado deficiente para cazar nada menos que a Baby. Entonces... ¿todo había sido realidad, todo verdad? ¿Había estado Simón acorralado, y había pedido ayuda con el lógico deseo de salvar su vida? Pero entonces... ¿por qué demonios había disparado contra ella?

Aunque... realmente... ¿habría disparado contra ella? ¿O lo había hecho contra el coche?

La divina espía lanzó una exclamación. Dejó la copa de vino y salió velozmente del saloncito. En pocos segundos estuvo de nuevo arriba, delante del coche, mirándolo especulativamente. Ni uno solo de los balazos había rebotado o agujereado la carrocería. Todos se habían hundido en los respaldos de los asientos.

Con el ceño fruncido, Brigitte se metió en el coche, y comenzó a desgarrar, a destrozar completamente la tapicería.

* * *

Oyó la llamada a la puerta, y fue a abrir. Frank Minello entró presurosamente, mirándola con los ojos muy abiertos. Enseguida, le pasó las manos por los hombros, con un descaro fantástico.

—¿Estás bien? ¿Estás...?

—¡Quita esas zarpas, cochino!

Las apartó de un manotazo, y Minello quedó consternado.

—Mujer... Como siempre que me llamas a este lugar es porque

ha sucedido algo… Sólo quería asegurarme de que estás entera.

—Frankie: cualquier día voy a retirarte definitivamente mi amistad. No me gusta que seas tan grosero conmigo. No soy una chica para ser manoseada.

—Demonios, tienes razón —farfulló el periodista deportivo—. A veces me comporto como un animal. ¿Me perdonas?

—Está bien.

—¡Ah! ¡Entonces me darás un besito…!

—Eres un desalmado —refunfuñó Brigitte—. Vamos abajo.

Descendieron los dos al saloncito, donde Minello se dedicó a beber «sol de Andalucía embotellado» mientras Brigitte le contaba exactamente todo lo sucedido. Cuando terminó, Minello estuvo pensativo unos segundos. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—Pues no entiendo nada de nada, hijita.

—Yo tampoco. Pero hay algo que acaba de convertir en asombroso este asunto, Frankie. Mira esto.

Colocó una mano ante él, abierta, mostrando lo que tenía en ella. Minello se quedó mirando, estupefacto, aquellos pequeños, arrugados y brillantes objetos metálicos.

—¿Qué es? —se interesó.

—Balas de oro.

—¿Cómo? —exclamó el periodista.

—Balas de oro.

—¡Atiza! ¿De dónde las has sacado?

—Del respaldo de mi coche —suspiró Brigitte, armándose de paciencia.

—¿Del…? ¿Cáscaras? ¿Y qué hacían allí?

—De adorno. ¡Estás cada día más tonto, Frankie! ¿No comprendes que son las balas que me disparó Simón?

—¡Demontres! ¡Pues sí que era rico! ¡Ahí es nada, andar por el mundo disparando balas de oro! Bueno… De todos modos, hay que reconocer que es lo menos que se merece la agente Baby: balas de oro. ¡No sería justo matar a tan bellísima espía con balas de vulgar plomo!

Brigitte le dirigió una torva mirada.

—Nueve balas, Frankie. Y me las disparó un agente de la CIA, sin acertarme ni una sola vez. ¿Te parece lógico?

—No todos tienen esa diabólica puntería tuya…

—¡Pero ningún agente de la CIA falla nueve disparos seguidos, ni existe una casualidad tan grande como para que las nueve balas se claven en los asientos!

—Claro… —Minello se rascó la coronilla—. Claro, es cierto. ¿Estás intentando decirme algo?

—¿Te asombrarías mucho si te dijera que lo que pretendía Simón, al dispararme, era que yo me quedase con estas balas de oro y me fuese de allí?

—¡Pues vaya manera más tonta de hacer un regalo! Cuando yo quiera regalarte oro… Brigitte soltó un bufido y recogió un papel, que tendió a su amigo.

—Te he apuntado la matrícula del «Plymouth». Quiero que te enteres del nombre del propietario. ¿Sabrás hacer eso?

—Claro.

—Estupendo… —suspiró la divina—. Pues empieza a moverte ahora. Cuando sepas algo, ve a mi apartamento. Si no estoy, me esperas.

—¿Estará Peggy?

—¡Sí, estará Peggy, pero hazme el favor de dejarla en paz!

—¿Tienes celos? —sonrió Minello.

Brigitte optó por echarse a reír.

—Anda, vete de aquí, sinvergüenza.

—¿Irme?

—Oh, entiendo… Pero no puede ser en esta ocasión, Frankie.

—Entonces, ¿cuándo? —aulló el periodista.

—Mmmm… Cuando a las ranas del estanque pequeño de Central Park acabe de salirles el bigote.

—Ah… Bien… Bueno, he esperado tanto que bien puedo esperar un poco más, ¿verdad?

—Eres muy comprensivo. Ve a hacer lo que te he pedido.

—De acuerdo. ¿Qué harás tú?

—Iré a ver a mi joyero.

—¡Zambomba! Yo trabajando como un tonto y tú te vas a ver a tu joyero, a perder el tiempo viendo joyas. Desde luego, tienes cada cosa, Brigitte…

—Ya ves. No puedo evitarlo: me encantan las joyas.

—Cuando Grogan me suba el sueldo, te regalaré una. La más cara de todas. Prometido.

—Gracias, generoso. ¿Quieres marcharte de una vez?

—A toda máquina. Oye, se me está ocurriendo una cosa: si cada vez que te han disparado, hubieran utilizado balas de oro, serías multimillonaria, ¿verdad?

—Supongo que sí —sonrió Brigitte.

—Bueno… Aún estás a tiempo. Si yo fuese tú, saldría a la calle deseando que me disparasen muchas veces.

—La idea no es mala, Frankie. Pero se corre el riesgo de que alguna de las balas me acierte, y eso no me gustaría. Prefiero hacerlo de otro modo.

—Claro. Bueno, hasta luego en tu apartamento… Oye, ¿de qué otro modo?

—Encontrando al asesino que dispone de tanto oro que se permite el lujo de utilizarlo incluso para hacer balas.

* * *

—¿Está Brigitte, Peggy?

—Sí —sonrió la rubia doncella de la espía—. Te espera en el *living*.

—Vaya… Tenía la esperanza de que aún no hubiese llegado. Me gusta más verte a solas, guapetona.

Le largó un pellizco a la cadera y se alejó a toda prisa, evitando la segura represalia de Peggy, que llegó tras él, roja de ira. Brigitte estaba mirando a Minello, pero desvió la mirada hacia Peggy y frunció el ceño.

—Acabaré por no admitirte en el apartamento, Frankie.

—¿Por qué? —protestó él—. ¿Qué he hecho ahora?

Peggy se fue a la cocina, y Brigitte decidió no alargar la cuestión. Señaló el sofá, junto a ella, y continuó acariciando las orejas de «Cicero», que estaba poco menos que agonizante de puro placer.

—¿A quién pertenece el coche?

Minello se dejó caer a su lado, mohíno.

—Todavía no lo sé.

—Ah… ¿De veras? No eres muy despabilado, ¿verdad?

—Tengo amigos que se están encargando de seguirle la pista al último propietario. Es uno de esos coches que se venden

continuamente. Ha tenido ya no menos de doce dueños. Comprende que no es fácil encontrar al último. He llegado hasta la Haifax.

—¿La fábrica de productos químicos? —Palideció Brigitte.

—Si. ¿La conoces?

—De oídas.

—Ah… Bueno, mañana seguiré investigando eso, a ver hasta dónde llega. Calculo…

—No te molestes.

—¡No es molestia! ¡Ya sabes que yo haría por ti cualquier cosa! Así que seguiré buscando al propietario de ese coche… ¡Y te aseguro que lo encontraré!

Brigitte sonrió secamente. Pero decidió que lo mejor que podía hacer era aceptar la buena disposición de Minello para cooperar.

—De acuerdo, Frankie. Sigue buscando.

—Te aseguro que sabré a quién pertenece aunque tenga que llegar al fondo de la tierra. ¿Fuiste a ver a tu joyero?

—Sí.

—¿Y qué has comprado?

—Nada. Ya sabes que soy muy exigente. No había nada que me gustase lo suficiente… Tienes que llamar al *Morning*, Frankie. Vas a poner un anuncio, de mi parte.

—¿Ahora?

—Exactamente ahora. Dile a Steve que lo quiero bien grande y visible, en lugar destacadísimo. Te lo escribiré, para que se lo dictes por teléfono.

—Espero que te hagan un descuento por ese anuncio. Al fin y al cabo, trabajas en el *Morning*.

Brigitte lo miró de reojo y suspiró. Se fue unos minutos al despacho y regresó con una hoja de papel, que entregó a su amigo. Éste lo leyó, quedó boquiabierto mirando a la espía, y, al fin, masculló:

—¿Esto es en serio?

—Desde luego. ¿No te gusta?

Minello lo volvió a leer, más atentamente. Decía:

VENDO COCHE DEPORTIVO
con agujeros de bala.
Precio a convenir por teléfono.

```
Llamen de 10 a 12 de la mañana al
NYW 6874
```

—Bueno… La verdad, yo no compraría un coche con agujeros de bala, ésa es la verdad. Pero siempre hay chiflados que compran cualquier cosa, ¿verdad?

—Así lo espero —sonrió irónicamente Brigitte—. Bien, dicta el anuncio a Steve.

Minello obedeció. Luego, mientras colgaba el auricular, se quedó mirando muy pensativamente a Brigitte, que acabó preguntando:

—¿En qué piensas?

Capítulo III

Casi a las diez y media de la mañana, sonó el teléfono de línea privada del cubil de la espía internacional, en el saloncito. Ella apareció pronto allí, proveniente del cuarto donde tenía la cama. Hacía algo de calor en aquel sótano.

—¿Sí? —musitó.

—¿Ha puesto usted el anuncio en el *Morning News*?

—En efecto. Yo he sido.

—¿Qué clase de coche es el suyo?

—Un buen coche deportivo, señor. Lo único malo que tiene son esos feos agujeros de bala en los asientos. Y el parabrisas roto; pero eso no vale mucho dinero. La reparación…

—¿Cuánto pide por ese coche? —la cortaron secamente.

—Pues… no sé. ¿Cuánto está dispuesto a darme?

Hubo un breve silencio al otro lado, antes de que el hombre continuase.

—¿Estuvo ayer en los muelles?

—Oh, sí. Precisamente fue allí donde me vi envuelta en un estúpido altercado… ¿Lo presenció usted, señor?

—Diez mil dólares por el coche.

—Oh, vamos… ¿Quiere burlarse de mí, señor?

—Veinticinco mil.

—Mire, señor, yo no soy tonta, aunque lo parezca. Conocía a uno de los hombres que había allí, en el almacén. Tuve… ciertas relaciones con él, pero terminaron. Sin embargo, cuando él me llamó por la radio, me ofreció un buen negocio. Luego, las cosas se pusieron mal, y no hice negocio. Por eso, quiero hacerlo ahora.

—¿Para quién trabaja usted?

—¿Yo? ¡Para mí misma, naturalmente! Ya le dije que tuve relaciones con aquel hombre, pero terminaron. Hoy, me ocupo solamente de mis propios asuntos. No soy ninguna ingenua, créame,

Aclarado definitivamente la situación, le diré esto: si quiere el coche, tendrá que aceptar todas mis condiciones.

—¿Cuáles son esas condiciones?

—Cien mil dólares por el coche.

—¿Y qué más?

—Lo recogerán a su comodidad, donde ustedes quieran. Pero en ningún momento habrá bromas de ninguna clase. ¿Me explico?

—Bastante bien. Desde luego, no es usted una ingenua… ¿De verdad sólo le interesan los cien mil dólares?

—Hijito… ¿qué otra cosa podría interesarme? Para convencerlo, le diré que ni siquiera siento curiosidad por esas balas de oro.

Sonrió al oír una ahogada exclamación.

—¿Qué ha hecho usted con esas balas? —Casi gritó el hombre.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo… Saqué dos de ellas, y al ver que eran de oro comprendí que la cosa tenía importancia. Esas dos balas están en el tablier. Las demás, donde las clavó mi… amigo. No he querido tocar nada más. Me gusta entregar en buenas condiciones la mercancía que ofrezco.

—Escuche esto: si falta una sola bala…

—¿Para qué quiero yo un pedacito de oro? Con cien mil dólares puedo comprar joyas mucho más bonitas. Vamos, vamos, no sea tonto, hijito. A mí no me importan sus asuntos de contrabando. Allá usted.

—¿Cree que soy un contrabandista de oro?

—Oh, no… Usted es Mary Poppins… ¿Verdad? Mire, vamos a dejarnos de tonterías. Yo quiero sacar tajada de esto, de modo que me importa muy poco lo demás. Ah, por si le interesa, le diré que mi amigo, el que me disparó después de llamarme, trabaja para la Tesorería, o algo así… Tengan cuidado.

—¿Y usted para quién trabaja?

—¿Otra vez? ¡Ya le he dicho que para mí misma! Hubo un tiempo en que mi amigo me estuvo utilizando, pero eso ya había terminado. Dijo que yo no era… lo bastante honrada y lista para trabajar con él. De modo que nos separamos. Y de pronto, cuando me estaba vistiendo, ¡zas!, él me llama por ese aparatito que yo había olvidado. Me llevé un buen susto al oírlo sonar, dentro del armario. Bien: ¿de acuerdo en el precio?

—De acuerdo. Mire, nena, usted quiere las máximas seguridades,

pero yo también. Si se las está dando de lista, lo lamentará. Tampoco yo me chupo el dedo, ¿entiende?

—Más o menos. Oiga, quiero ese dinero en efectivo, en billetes pequeños, para poder largarme de Nueva York a toda marcha. Eso es lo único que me interesa. ¿Dónde y cuándo le entrego el coche?

—Veamos… ¿Conoce la carretera interestatal Nueve?

—Claro, hijito. Es la que sube bordeando el Hudson River. ¿O no es ésa?

—Ésa es. Usted irá con ese coche por la interestatal Nueve, hacia el Norte. Irá sola, naturalmente, y nada de…

—¿Qué le pasa? ¿Cree que pienso compartir mis beneficios con alguien?

—Usted no parece demasiado lista, es cierto, pero eso no significa nada para mí. De modo que déjese de tonterías y siga escuchándome. Irá sola en el coche, sin tocar nada más de él. Quiero que entienda que no habrá trato a menos que las nueve balas sean recuperadas. Por nuestra parte, nosotros jugaremos limpio, y le aconsejamos que haga lo mismo. Bien, como le decía, usted irá hacia el Norte. Después que haya dejado detrás Ossining, nosotros podemos salirle al paso en cualquier momento, seguramente antes de que haya llegado a Peeksikill. Le haremos señales con luces… ¿Conoce el morse?

—Algo… Muy poco. Oiga, no me complique la vida, hijito… Déjese de morses y tonterías. Hágame una señal cualquiera, es todo. Por ejemplo, tres ráfagas cortas y tres largas. Ya está, ¿no?

—De acuerdo. Salga de Nueva York ya de noche, hacia las nueve. Eso es todo. Pero… aún voy a insistir un poco más: esas balas son importantes para mí, y recelo alguna jugada «inteligente» por parte de usted y de otras personas. Sin embargo, no tengo más remedio que correr el riesgo. Pero escuche bien esto: a la menor señal de peligro, usted lo va a pasar muy mal. No olvide…

—Váyase al infierno. Traiga los cien mil dólares, y eso es todo lo que va a costarle el asunto. Adiós, hijito.

Colgó. Se quedó mirando el teléfono, pensativa. Por fin, una dura sonrisa irónica fue formándose en sus labios sonrosados. Desde luego, el juego iba de pillo a pillo. Nadie estaba engañado en aquel asunto. O, al menos, eso parecía. El hombre que había hablado con ella sabía muy bien que Simón no trabajaba precisamente para la

Tesorería estadounidense, sino para la CIA. Por tanto, era forzoso que desconfiara de ella. Seguramente, no se había creído el cuento de que ella había trabajado con Simón pero sin saber la verdad de las actividades de éste. Lo cierto era que el hombre necesitaba desesperadamente aquellas balas, y no tenía más remedio que correr ciertos riesgos.

Igual que ella, a fin de cuentas.

Porque, es bien sabido, que cuando dos espías se enfrentan, siempre hay riesgos. Generalmente, gana el más listo, pero, a veces, la lógica falla.

Miró su relojito y encogió los hombros. Todavía tenía muchas cosas que hacer antes de acudir a la cita, pero disponía de más de diez horas. Había tiempo para todo.

* * *

Poco después de las diez de la noche, el pequeño coche deportivo rodaba por la interestatal Nueve, hacia el Norte. Llevaba un nuevo cristal parabrisas, de modo que no llamó la atención de nadie. Ossining había quedado ya atrás, de modo que en cualquier momento podía ver las señales convenidas con el desconocido.

Y fue apenas cinco millas después de Ossining cuando las vio. A la derecha de la carretera destelló una luz no demasiado grande, que sólo podía pertenecer a una linterna. Tres ráfagas largas y tres ráfagas cortas. Al volante del coche, la espía internacional sonrió sarcásticamente. Comprendía muy bien la jugada: un compañero del hombre que había hablado con ella por teléfono había estado esperando a la salida de Ossining, había visto pasar el coche, y entonces había llamado por una radio de bolsillo al que esperaba más adelante, avisándole de que en pocos minutos pasaría el coche esperando. Era elemental. De otro modo, se exponían a estar haciendo señales en la carretera a coches que no tuvieran nada que ver con el asunto.

La señal se repitió enseguida, cuando Brigitte estaba ya sacando el coche de la carretera. Se detuvo, por fin, a unas diez yardas del lugar donde había brotado la luz. En el acto, vio aparecer a un hombre, acercándose lentamente. Y de nuevo sonrió fríamente la agente Baby. Sabía lo que iba a ocurrir dentro de pocos segundos.

Y así fue. Cuando el hombre visible estaba a menos de la mitad del camino, otro hombre apareció junto a la ventanilla izquierda, y metió la mano por el hueco, tocando la sien de Brigitte con la punta de una pistola.

—Quieta, hijita —ironizó el hombre—. Será mejor que no haga ni un solo movimiento. Ni parpadee siquiera. *¿Okay?*

—*Okay* —musitó Brigitte.

El otro hombre llegó al coche y entró por la puerta derecha. Apuntó a la cabeza de Brigitte con su pistola, y dijo:

—Venga hacia mí, tranquilamente. Mi compañero tomará el volante ahora.

La espía obedeció. Se desplazó en el asiento hacia su derecha, dejando el puesto del volante al hombre que había aparecido en primer lugar junto a la ventanilla. Ya los tres en el asiento, un tanto estrechos, el encargado del volante puso de nuevo en movimiento el auto. Giró hacia la izquierda, pasando al otro lado de la carretera. Salieron de ésta, y rodaron con las luces apagadas por entre arbustos y algunos árboles, hacia el río. Éste se hallaba tan cerca que el viaje no duró ni siquiera medio minuto. Pero aún no se habían detenido completamente cuando ya Brigitte había visto al otro hombre, que apareció de pronto de la oscuridad. Mas no tanta oscuridad que la espía no pudiera ver, detrás del hombre, y metido bajo los árboles, la inconfundible silueta de un helicóptero.

Cuando por fin el hombre se detuvo completamente, el hombre que iba a la derecha de Brigitte le dio un suave golpecito con la pistola.

—Baje.

—No veo para qué —protestó ella—. Sólo tengo que entregarles las balas y marcharme. ¿Han traído el dinero?

—Oh, seguro, seguro…

—Quiero verlo.

—Entonces, es mejor que baje.

—De acuerdo.

Se apeó, y los dos hombres lo hicieron también, siempre sin perderla de vista, igual que el recién aparecido, que contemplaba con un brillo de curiosidad a Brigitte, Había una aceptable luz lunar, que se reflejaba en las oscuras aguas del Hudson River.

El hombre cuya voz ya había conocido Brigitte por la mañana,

se plantó ante ella, en actitud hostil.

—¿Entiendo que ha sacado todas las balas del coche?

—Claro. Lo llevé a arreglar, y no iba a dejar unas cuantas balas de oro en la tapicería. Habría llamado un poco la atención. ¿No le parece?

El hombre entornó los ojos y se quedó mirándola fijamente. Brigitte comprendió que casi estaba asustado, y eso la llevó a una conclusión: aquellos hombres sabían que ella era Baby. De lo contrario, ¿por qué asustarse tres hombres que tenían encañonada a una mujer?

—Está bien… ¿Dónde tiene las balas?

—Quiero ver el dinero, antes.

—Jovencita, si cree que va a poder jugar con nosotros…

—Yo no estoy jugando hijito. Esto es algo muy serio para mí. Tengo sus balas, se las daré. Pero antes quiero ver mi dinero. También pueden decidir que es mejor matarme y luego registrarme a mí, o el coche, buscando las balas. Si hacen eso, no demostrarán ser muy listos… Y les garantizo que se les hará de día buscando esas balas.

Hubo unos instantes de silencio, antes de que el jefe del grupo ordenase a uno de sus compañeros:

—Regístrala, a ver si las lleva encima. Usted, hijita, quítese la chaquetita. No hace tanto frío.

—De noche refresca —sonrió Brigitte—. Y más, en el campo.

—Vamos, vamos, quítese el abrigo ese, o lo que sea. No la pierdas de vista, Fonk.

—Descuida —aseguró éste.

Brigitte se quitó el chaquetón y lo entregó al jefe del grupo. El otro se dedicó a registrarla rápidamente, de un modo grosero, pero muy efectivo; desde luego, no tenía la menor delicadeza en cuanto a qué parte del cuerpo femenino tocaba. El otro, Fonk, que era el que había estado con el helicóptero, la apuntaba firmemente, siempre fijos en ella sus ojos.

—Usted dirá lo que quiera, hijita, pero no hace tanto trío como para llevar un chaquetón tan pesado.

—Soy muy friolera —sonrió la espía.

—Parece que no las lleva encima —dijo el otro.

—Está bien… Tampoco están en el chaquetón. Tenga,

póngaselo, ya que tanto frío tiene. Fonk, ve a buscar el dinero.

—No lleva ni siquiera un alfiler encima —aseguró el otro, tras el último manoseo general.

—Siempre voy desarmada cuando confío en los demás —volvió a sonreír Baby.

Fonk se alejaba. Los otros dos se quedaron mirándola fijamente, apuntándola de nuevo con sus armas. Estaba bien claro que no se sentían en absoluto tranquilos, pese a que la jovencita estaba desarmada y ellos la mantenían cubierta con sus armas. Fonk regresó con un portafolios, que tendió a Brigitte.

—Y ahora —dijo el jefe— nos dará esas balas. Y ya no más bromas, rubia. *¿Okay?*

—*Okay*. Pero quiero tener mi dinero en el coche.

El hombre soltó un resoplido.

—¡Está bien, haga lo que quiera de una maldita vez! ¡Ya no queremos perder más tiempo aquí!

Brigitte entró en el coche, abrió el portafolios, y, bajo la pequeña luz interior del vehículo, fue examinando los fajos de billetes, que iba dejando junto a ella, en el asiento. Asintió con la cabeza y salió del coche, tendiendo el portafolios a Fonk.

—Correcto —aprobó—. Les daré ahora sus balas de oro…

—Puede quedarse el portafolios, ¿no? Será más cómodo que…

—Ah, no, hijito, no… Nada de bromas. He visto en mi vida algunos portafolios que me han dado casi disgustos serios. Y yo también he empleado truquitos. Lo mismo puede llevar una carga de plástico en un doble fondo, que un receptor de señales para localizarme más adelante. No, gracias. Ya me compraré yo un portafolios.

—Como quiera. Veamos ahora esas balas.

Brigitte se fue a la parte de atrás del coche, quitó el tapón roscado del depósito de la gasolina, y con dos deditos asió algo que ninguno de los hombres pudo ver. Resultó ser un finísimo hilo transparente, tirando del cual apareció una bolsa de plástico que había ido sumergida en la gasolina.

—Tiene razón —sonrió aviesamente el jefe—. Se nos habría hecho de día buscando las balas. Fonk, asegúrate de que son las que nos interesan. Esta chica debe ser muy lista, ahora que sabemos quién es.

—¿Quién soy? —sonrió Brigitte.

—Cierre la boca. A lo tuyo, Fonk.

Éste se fue al helicóptero, con la bolsita de plástico. Sacó una de las balas y la metió en un aparato del tamaño de un zapato, rectangular, que tenía una pequeña abertura; por un lado salía un hilo eléctrico, que estaba conectado en el tablero de instrumentos del helicóptero. Apretó un botón de aquel pequeño aparato, y se oyó un suave zumbido eléctrico, que duró siete u ocho segundos. Por fin, la bala salió del aparato, partida en dos. Y con la bala, una diminuta tira negra, enroscada, que Fonk metió en otro aparato, un visor de reducido tamaño, pero que amplió las imágenes en aquel microfilme.

Lo guardó todo, y volvió junto a sus compañeros y Baby.

—Todo bien —aseguró—. Parece que no es tan lista como su fama dice. A lo mejor no se hacía la tonta por teléfono, sino que lo es de verdad.

—¿Estás seguro de que todo está bien?

—Claro. Podemos marcharnos cuando queráis.

—¡Brrr…! —Se estremeció Brigitte—. ¡Qué frío! ¿Les importa que yo también me vaya de aquí?

Los tres hombres la miraron, con expresión maligna. Ella se encogía, arrebujándose en el chaquetón, como si verdaderamente sintiese un frío más que molesto.

—*Okay* —sonrió el jefe—: márchese.

—Ha sido un placer conocerlos, hijitos. *Boa noite*.

Dio media vuelta y comenzó a acercarse a su coche. El jefe del grupo alzó la pistola, y justo cuando sus dedos se crispaban en el gatillo, la jovencita entró en movimiento. Fue talmente como si tuviera ojos en la espalda, capaces de ver cómo se disponían a acribillarla. Saltó de lado justo cuando el jefe apretaba el gatillo. La bala dio en el coche y rebotó con agudo tañido, mientras Fonk y el otro se quedaban tan atónitos que tardaron un segundo de más en reaccionar. Todavía se oía el «plop» del silencioso disparo efectuado por el jefe, cuando Brigitte saltaba por encima del capó del coche, apoyándose con una sola mano.

Fue un salto sensacional, visto y no visto. Fue un gesto fulgurante, velocísimo, sorprendente. La «ingenua» jovencita se convirtió de pronto en una agilísima pantera, que en sólo dos

segundos quedó fuera del alcance de las tres pistolas, corriendo hacia el río, protegida por el coche.

Fonk lanzó una exclamación de incredulidad y corrió dando la vuelta al coche, siguiendo a su jefe y al otro. Los tres vieron perfectamente la velocísima sombra que corría por entre los arbustos, en zigzag, agachándose y enderezándose, cambiando continuamente de dirección, interponiendo los árboles entre ella y la posición de los tres enemigos.

—¡Por todos los demonios! —jadeó el jefe—. ¡Hay que cazarla antes de que llegue al río!

Alzó la mano y disparó. Más allá, se oyó el grito femenino. Un grito agudo, brevísimo, palpitante de dolor, de angustia.

—¡Vamos a rematarla!

La sombra había desaparecido, pero reapareció enseguida, de nuevo corriendo hacia el río, tambaleándose, cayendo de rodillas, volviendo a levantarse… Esta vez fue Fonk quien disparó contra la espalda de Brigitte.

Plop.

Era imposible fallar aquel disparo, a menos de seis yardas; del mismo modo que tampoco el jefe podía haber fallado. El otro también disparó, cuando ya la espía, tras recibir en la espalda la bala de Fonk, había caído de bruces. Pero, para aumentar el asombro de los tres, la espía volvió a ponerse en pie, y, de nuevo tambaleándose, continuó corriendo hacia el río, cada vez con más dificultad.

—¡Infiernos! —exclamó el jefe.

Corrieron los tres hacia el río, disparando. La noche se llenaba de pinceladas de color naranja, y los «plap-plap-plop» se sucedían velozmente. En rápida carrera, la espía llegó a la orilla del río, llevando a menos de media docena de yardas a los tres hombres, que volvieron a disparar, casi a la vez… De nuevo oyeron su grito, la vieron alzar los brazos y caer como un saco a las oscuras aguas.

Cuando llegaron allí, en menos de tres segundos, el cuerpo de la jovencita había desaparecido.

—Demonios… —jadeó el jefe—. ¡Vaya mujer!

—Jamás había visto nada igual… ¡Era un relámpago!

Fonk se inclinó hacia la orilla y recogió algo que flotaba, y que ya se deslizaba suavemente corriente abajo. Sacó aquel objeto

chorreando agua, y se quedó mirándolo desconcertado.

—Es una peluca —dijo el otro—. Según parece, la nena no era rubia.

—¡Qué mujer tan fantástica! —se admiró Fonk—. ¡Corría todavía, con varias balas en el cuerpo!

—Estad atentos unos minutos —musitó el jefe—. Puede que no esté muerta.

—Estoy seguro de que la hemos acertado los tres.

—Ya lo sé. Pero no hay que descuidar ningún detalle. Ve por la orilla hacia arriba, Janvek. Tú, Fonk, hacia abajo. Yo vigilaré este mismo lugar. Y si veis algo que se mueve en la superficie, tirad.

Casi cinco minutos más tarde, los tres hombres regresaban junto al coche deportivo, tranquilizados respecto a un posible truco de la muchacha. Sin hacer el menor comentario, Fonk recogió del suelo el portafolios, se metió en el coche, y comenzó a guardar el dinero, rápidamente; fajo tras fajo, los cien mil dólares volvieron al portafolios. Fonk salió del coche y se dirigió al helicóptero.

—¿Qué hacemos con el coche? —preguntó Janvek.

—Nada. Lo dejaremos aquí, eso es todo.

—Hum… ¿No sería mejor tirarlo también al río, Flindon?

—No. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Volvamos a la granja.

Poco después, el helicóptero se elevaba… Abajo, se veía la brillante cinta del Hudson River, discurriendo hacia Nueva York City, reflejando la luz lunar.

—Para que luego hagas caso de la fama de algunas personas —dijo sarcásticamente Flindon—. Tanto oír hablar de Baby como si fuese invencible, y acaso inmortal, y… ya veis: ahora debe tener el estómago lleno de agua.

—¡Y el cuerpo lleno de balas! —rió Janvek.

Capítulo IV

El helicóptero descendió, finalmente, junto a una granja, cerca de White Plains. Los tres hombres saltaron de él, y luego lo empujaron hacia el granero. Lo dejaron escondido dentro, y fueron hacia la casa. Un hombre lo estaba esperando ya en la puerta, con una pistola en la mano, que se guardó enseguida.

—¿Lo conseguisteis, Flindon? —se interesó.

—Claro.

—¿Y Baby?

—La hemos matado. Vamos a liquidar este asunto. Las cosas han ido mal esta vez, y habrá que repetir el juego. Fonk, asegúrate de que cada bala contiene el microfilme correspondiente.

—Quizá aún podamos repartirlas…

—Imposible. En primer lugar, porque las balas están aplastadas, y no podrían ser disparadas. En segundo lugar, quiero asegurarme de que los microfilmes están dentro. Y en tercer lugar, antes de hacer el reparto, quiero volver a Bermudas, a avisar al jefe de que tenemos un traidor en el grupo.

—No podemos estar seguros de eso…

—¿No? Bueno, dime entonces cómo supo la CIA que llegaríamos ayer, que disponíamos de las balas de oro ya preparadas en la pistola para ser disparadas repartiéndolas en los puntos convenientes de Estados Unidos. ¿Lo has olvidado? Nos estaban esperando… ¡Incluso nos quitaron la pistola! Tiene que haber un traidor, alguien que quizá sea de la CIA, y que ha conseguido filtrarse en el grupo de Bermudas… No veo otra explicación.

—Bien… Parece que tienes razón.

—Por supuesto. Ve a sacar los microfilmes. Yo iré a ver al de la CIA que pudo esconderse en el *dock* con la pistola, después de quitársela a Rodine, cuyo cadáver ya debe haber encontrado la policía, en los muelles. Pero no hay que preocuparse por eso; no les

servirá como pista, ni mucho menos. Y tampoco les servirá de pista el agente de la CIA que matamos y que dejamos en el otro almacén. Ocúpate de eso.

Entraron todos en la casa. Fonk se fue al *living*, grande y destartalado, sucio, abandonado. Los otros tres entraron en un cuarto, y se quedaron mirando al hombre que había allí, amarrado al respaldo de la cama de hierro. Tenía el rostro convertido en una horrible máscara de sangre. Tenía desnudo el torso, en el cual se veían golpes y quemaduras. Estaba descalzo, y sus pies se veían también quemados. Las manos colgaban pegadas a los barrotes, llenas de sangre seca.

Sentado junto a él, pistola en mano, había otro hombre, con el brazo derecho colgando de un pañuelo anudado al cuello, y sosteniendo una pistola con la mano izquierda.

—¿La habéis cazado? —preguntó.

—Sí. Y tenemos las balas. Fonk las está partiendo todas ahora… ¿Cómo se ha portado nuestro amigo?

—Pacíficamente, desde luego. Está en las últimas.

—Es una lástima.

Hubo duras sonrisas dedicadas al agonizante agente de la CIA. Flindon salió del dormitorio y regresó apenas un minuto más tarde, con una jarra de agua, que vertió sobre la cabeza del hombre de la CIA. Éste agitó la cabeza y abrió el único ojo que le quedaba. Su expresión era imposible de adivinar, pues el ojo parecía no tener vida, y el rostro era un pegote de carne hinchada y machacada.

—Amiguito —dijo Flindon—, esto ha terminado. Quiero decir que ha terminado en Estados Unidos. Pero aún tiene que decirnos algo: ¿quién les pasó la información desde las Bermudas? ¿Quién le dijo a la CIA todo el asunto, la existencia de un grupo nuestro allá, el juego de las balas…? Tiene que haber en nuestro grupo en Bermudas un traidor que trabaja para ustedes, para la CIA. ¿Quién es?

—No… lo… sé…

—¡Te voy a…!

—Déjalo —sugirió Janvek—. Yo creo que es verdad que no lo sabe. Nos lo habría dicho cuándo lo torturamos. Ya nos dijo que aquella mujer era Baby, ¿no? Sé muy bien que si nos dijo eso, nos habría dicho todo lo demás, si lo supiera. Cuando un agente de la

CIA delata a Baby, ya nada le importa. No sabe nada más.

—Yo… yo no… delaté a… a Baby —gimió el agente de la CIA.

—¿Ah, no? —sonrió secamente Flindon—. ¿Quién fue, entonces?

—Yo sólo… sólo dije que… que la chica… del coche era Baby… Sólo eso… Pero de nada… les servirá… saber eso… Ella iba… disfrazada, y nunca… nunca la… encontrarán… ¡Nunca! Ella… acabará con… con todos ustedes…

—Es un buen chiste, muchacho —rió Janvek—. Muy bueno. Por si le interesa, sepa que hace unos minutos hemos matado a la famosa Baby. Ella y su rubia peluca están ahora en el fondo del Hudson. Ya no importa que fuese disfrazada o no. De todos modos, es cierto: usted sólo nos dijo que ella era Baby, pero no la traicionó. De modo que puede… morir tranquilo. Es usted un héroe. Y ella una heroína… Pero está muerta, eso es todo. Se acabó Baby… ¡al fin!

Para sorpresa de todos, el agonizante hombre de la CIA se echó a reír. Una risa baja, gutural, que apenas estremeció su maltratado cuerpo. La machacada boca se abrió, mostrando los rotos dientes llenos de sangre seca. Fue una risa alegre, feliz, sincera.

—Desgraciados… Son ustedes unos… desgraciados… Jamás podrían con… con Baby…

—¿Eso piensa? Bueno, es una lástima que no hayamos podido traerle su cadáver.

—Desgra… ciados… ¡Desgraciados ilusos…! Y ahora sé… ahora sé con seguridad que ustedes están… están condenados a… a muerte, al fracaso de… de todo… Ella interviene, así que… los espero… en el infierno…

—Asombroso… —exclamó Flindon—. Realmente asombroso. ¿Cómo es posible que los agentes de la CIA tengan esa fe inquebrantable en Baby? ¿Están locos?

—Desgraciados… —insistió el agente yanqui—. ¡Je, je, qué pandilla de… desgra… ciados…! Je, je… ¡Je, je, je! ¡Je, je, j…!

Plop.

El agente de la CIA se crispó al recibir el balazo en pleno corazón. Flindon se lo quedó mirando unos segundos, por encima de la pistola que acababa de disparar. Luego, se la guardó con seco gesto en la funda sobaquera.

—Lo dejaremos aquí, tal como está —dijo—. Es mejor que nos

marchemos cuanto antes. Rikov, ve a cargar de combustible el depósito del helicóptero. Y con algunas latas suplementarias. Son casi seiscientas millas hasta las Bermudas. Tú, Otek —miró al herido—, ve con él, y quédate ya en el helicóptero. Saldremos enseguida. Ayúdale, Rikov. Tú ven conmigo, Janvek: vamos a ver si Fonk ha sacado ya los microfilmes de esas balas, y entre los tres borramos toda huella posible de nuestra estancia aquí —miró el cadáver del espía—. Quiero decir, cualquier pista por la que pudiesen encontrarnos, porque una buena huella sí les vamos a dejar a los de la CIA. Venga: cada uno a lo suyo.

Salieron del cuarto. Flindon y Janvek se quedaron en el *living*, con Fonk, que señaló los microfilmes que ya estaban sobre una mesita llena de polvo.

—Están todos —dijo—. Ella no nos engañó.

—La agente Baby —masculló despectivamente Flindon—. ¡Bah! Bien, larguémonos cuanto antes de aquí. Demos antes un vistazo.

Media hora más tarde, el helicóptero se elevaba, tomando inmediatamente rumbo al Este, cruzando enseguida Long Island Sound, y acto seguido pasando sobre Long Island. Abajo, a su derecha, Nueva York resplandecía intensamente.

Y dentro de la casa, atado a los barrotes de hierro del respaldo de una sucia cama, con una última carcajada en los labios, lleno de sangre el rostro, con los cabellos apelmazados con su propia sangre, destrozado, quedaba… Simón. Un Simón cualquiera.

* * *

Charles Alan Pitzer dejó de mirar el aparato que llevaba en las manos, para tocar en un brazo a Simón.

—A la derecha ahora. Estamos llegando.

Simón se desvió, encontró el camino, lo siguió, y, en menos de un minuto, llegó a la granja. Apago el motor y miró el receptor de señales que Pitzer tenía en las manos. La aguja señalaba sin lugar a dudas aquella casa, y la señal de recepción se oía fuertemente.

—Bien… —susurró Pitzer—. El emisor de señales debe estar ahí. Y parece que no hay nadie.

—Puede que sea una trampa… —musitó Simón—. No olvidemos que este receptor de señales nos fue enviado por un mensajero,

conectado a la onda del emisor que hay en esa casa. Tampoco hay que olvidar que se llevaron a uno de los nuestros, señor. Es posible que le hayan obligado a decirles lo de la floristería, y entonces, en lugar de irnos a matar allá, nos hayan enviado el receptor para atraernos aquí… No me gusta esto.

—Ni a mí…

Se quedó pensativo. En efecto, hacia las once, un mensajero llegó a la floristería, preguntando por el señor Pitzer, al cual entregó el pequeño paquete. Posteriores investigaciones en la mensajería, demostraron que aquel paquete había sido llevado allí misteriosamente. Se había encontrado sobre el tablero de urgencia, con dos billetes de diez dólares, simplemente. Ni rastro de la persona que lo había enviado. Eso podía hacer desconfiar a cualquiera.

—De todos modos, algo tenemos que hacer —musitó Simón.

—Sin remedio… —suspiró Pitzer—. Bien, hay en esa casa un emisor de señales y nosotros tenemos el receptor que nos han enviado. Solucionemos el misterio. Con mucho cuidado, hijo.

—Descuide, no iremos ahí como tontos.

Sacaron sus pistolas y se apearon, acercándose cautelosamente a la casa, listos para disparar a la menor alarma o señal de peligro…

Y diez minutos más tarde, tras haber recurrido a toda clase de precauciones para entrar en la casa, sabían ya que no había nadie en ésta. Nadie… excepto un cadáver, en aquel cuarto donde se hallaban… Los dos se acercaron a la cama, y se quedaron mirando al hombre.

—Es Corbin —musitó Simón, pálido, demudado—. Muerto. Igual que Fawcett en los muelles. Debimos enviar más de dos hombres para este asunto, señor.

—No había más disponibles —musitó roncamente Pitzer—. Además, parecía tan fácil… Sólo había que… En fin, ya no hay que lamentarse. Ahí tenemos el emisor de señales.

Lo recogió, de sobre la polvorienta mesita de noche. Luego, cambiaron una mirada de extrañeza.

Han sido muy considerados y juguetones, ¿no cree, señor? —musitó Simón—. No sólo nos proporcionan el medio de encontrar el cadáver de nuestro compañero, sino que lo dejan bien presentable, con exquisito cuidado.

Pitzer no contestó. Dejó de mirar el pequeño emisor de señales para mirar el cadáver de Corbin, uno de sus hombres. Estaba tendido en la cama, de cara al techo, con las manos cruzadas sobre el vientre. Estaba bien claro que había sido torturado, y eso era normal, pues habrían querido saber cómo la CIA estaba enterada del asunto de las balas de oro. Lo que ya no tenía nada de normal era que, después de torturar y matar a un agente enemigo, se le colocase tan cuidadosamente en la cama, con las manos sobre el vientre, y se le limpiase la sangre del rostro, de los pies, de las manos… y que sus cabellos apareciesen peinados, bien ordenados. Parecía descansar en paz.

—¿Se ha sabido algo más de nuestro agente de Bermudas? —preguntó de pronto Simón.

—No. Temo mucho que haya tenido un contratiempo.

Y lo peor de todo el asunto es que él solamente conocía a uno de esos agentes rusos que operan desde las Bermudas.

—Podríamos ir a Bermudas, y buscar a nuestro agente, Si no lo encontramos, seguiremos la pista del agente que él nos señaló. Por medio de ese agente, llegaremos al nudo del asunto.

—Habrá que intentarlo —musitó Pitzer—. Mucho me temo que nuestro hombre de Bermudas haya sido eliminado. Y si han hecho eso, es que han descubierto la verdad. En cuyo caso, habrán retirado de la circulación al agente enemigo que conocía. O sea, que nos encontraríamos como al principio, completamente desorientados.

—Sí —admitió hoscamente Pitzer—. Bueno, habrá que ir allá, a ver si tenemos suerte. Dígame, Simón: ¿qué le sugiere el modo en que está Corbin, y este receptor de señales que recibimos, y el emisor que estaba aquí esperándonos…? ¿Qué le sugiere?

—Algo absurdo, señor.

—Sí… Pero estas cosas sólo las hace una persona en todo el mundo.

—Ella no interviene en esto, señor.

—Quizá no. Y quizá sí. Es… su marca. Mire el cadáver de Corbin: limpio de sangre, peinado, colocado cuidadosamente, con las manos en actitud de paz… ¿Conoce a alguien en todo el mundo que tenga tiempo para dedicar a hacer semejante cosa?

—Sólo a una persona —masculló Simón.

—Pues iremos a verla. Vamos a llevarnos a Corbin de aquí… Luego, iremos a verla a ella. Quizá tenga algo que explicarnos.

* * *

—¿No está? —Gruñó Pitzer.

Peggy, en camisón de dormir y con una bata encima, estaba aún junto a la puerta del apartamento, que acababa de cerrar, tras permitir la entrada a los dos hombres.

—No, señor —casi bostezó—. La señorita Montfort se fue esta tarde, y me dijo que tardaría algunos días en volver. Dijo que el sol de Nueva York no acababa de complacerla. Y se fue.

—¿Adónde?

—A Acapulco, señor.

—¿A Acapulco, México…?

—Sí, señor. Dijo que allí debía lucir un sol magnífico.

—¿Podemos comunicarnos con ella?

—Ni yo misma puedo hacerlo, señor. La señorita quiere descansar. Parecía muy triste… Casi disgustada, diría yo. Se llevó a «Cicero», para que la distrajese un poco. «Cicero» estaba muy contento. Y yo me estoy… muriendo de sueño…

—Nos vamos —mascculló Pitzer—. Dele recuerdos a Brigitte cuando se comunique con usted. Adiós, Peggy.

Salieron los dos del apartamento, y fueron a tomar el ascensor, para descender de aquel piso vigesimoséptimo, donde la espía más hermosa del mundo tenía su domicilio. Durante algunos pisos, ninguno de los dos habló.

Por fin, Pitzer soltó un bufido.

—¡A Acapulco! —masculló—. Por aquí nos están matando agentes, es posible que nos hayan matado también al de Bermudas, y mientras tanto, Baby está en Acapulco… ¡Maldita sea!

—Maldita sea, ¿quién? ¿Baby? —Respingó Simón.

—¿Ella? No… Maldita sea nuestra suerte. Eso es: maldita sea nuestra suerte. Si ella estuviera aquí, si no la hubiesen expulsado, ese asunto de las balas de oro estaría ya resuelto.

—Desde luego —aceptó Simón sin vacilar.

—¡En Acapulco! Esto demuestra una vez más la gran inteligencia de los tipos listos de la Central.

—Quizá ella no esté en Acapulco —insinuó tímidamente Simón.

Pitzer le dirigió una mirada casi furibunda. El ascensor llegó a la planta, y los dos salieron a la calle. Se metieron en el coche; Simón al volante. Los dos iban muy pensativos. De pronto, Pitzer murmuró:

—Olvídelo. ¿Por qué tendría que estar ella aquí? Tendremos que ser nosotros quienes intentemos resolver este asunto. Vamos a activar el traslado del cadáver de Corbin, y luego notificaremos nuestra marcha a Bermudas. Algo habrá que hacer. Maldita sea, jamás quise admitir delante de ella que era imprescindible en este sector, e incluso en la CIA, pero ahora… Bueno, no es que sea absolutamente imprescindible, pero… Bueno, yo me entiendo. No hay nadie imprescindible en el mundo, pero tratándose de Baby… ¡En Acapulco! Y el caso es que no podemos culparla de nada. Está expulsada, repudiada por la CIA. ¡Qué demonios, si yo fuese ella, habría hecho lo mismo!

—Creo que yo también —admitió Simón—. Sólo que ni usted ni yo somos Baby, señor.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada… Nada, señor. Espero que Peggy se acuerde de enviarle recuerdos a Baby de nuestra parte.

Capítulo V

Estaba amaneciendo cuando el helicóptero llegó a Bermudas. Concretamente, a la isla Gran Bermuda, donde está Hamilton, la capital del archipiélago, compuesto por unos trescientos islotes, de los cuales prácticamente sólo media docena están habitados. Hamilton, en Gran Bermuda, tiene una población oficial que rebasa en muy poco los tres mil habitantes. Es una bonita ciudad, rodeada de hermosas villas salpicadas de grandes extensiones de césped y árboles finos, delicados. Desde el aire se ven muchas construcciones con tejado de paja o ramas. Las aguas que rodean las islas no son muy profundas, y, vistas desde arriba al amanecer, casi ni parecen existir, tan transparentes son. También hay hermosos hoteles en Hamilton, para acoger a los casi cien mil turistas norteamericanos que cada año visitan las islas, generalmente en invierno, aprovechando la temperatura, nunca inferior a los nueve o diez grados centígrados sobre cero.

Al norte del archipiélago, en la isla de San Jorge, Estados Unidos dispone de una base naval, arrendada a Inglaterra por noventa años, y cuyo arriendo terminará en el año 2030. La colonia inglesa es un buen lugar para vigilar desde esa base las aguas del Atlántico.

Pero el helicóptero tomó tierra en Gran Bermuda, a un par de millas de Hamilton, cerca de una casa chata, con tejado de paja, que estaba en el centro de una plantación de tabaco. De la casa salieron dos hombres, corriendo, todavía en pijama. Esperaron a que descendieran del helicóptero sus cinco ocupantes, y entonces lo empujaron entre todos hasta colocarlo bajo un cobertizo.

Entonces, uno de los que habían salido de la casa se quedó mirando a Flindon, fijamente.

—¿Qué ha pasado, con exactitud? —se interesó.

—Contratiempos. Nos pareció mejor volver. Queremos ver a Jorge.

—Y él os recibirá encantado, A decir verdad, estábamos dispuestos a marcharnos todos de aquí esta misma mañana.

—¿Por qué?

—Jorge descubrió a un traidor que…

—¡Ah! ¿Lo habéis descubierto vosotros? ¡Bien! ¡Pues vamos a darle su merecido! En Nueva York nos estaban esperando dos agentes de la CIA que sabían lo de las balas de oro. Pudimos…

—Será mejor que se lo contéis a Jorge. Podéis ir ahora mismo a su casa. A esta hora no os verá nadie… ¿Qué lleváis ahí?

—Tuvimos que reunir cien mil dólares. Esto fue una gran contrariedad, pues el residente de Nueva York tuvo que moverse rápido. Además, no le gustó que fuésemos a verle personalmente… En fin, hablaremos de todo esto con Jorge. Él sabrá decidir mejor que nosotros. Otek va a quedarse aquí. Lo hirió una mujer.

—¿Sí? ¿Quién es ella?

—La agente Baby, de la CIA… —El interlocutor de Flindon palideció, y dio un paso atrás, pero el jefe del grupo se echó a reír —. Tranquilo, Morant: ya está muerta.

—¿Habéis matado a Baby?

—Eso he dicho.

—Le gustará la noticia a Jorge. ¿Queréis el coche para ir hasta la ciudad?

—Pues… No. Iremos andando. Estoy harto de helicóptero. Nos irá bien estirar las piernas. Y llamaremos menos la atención. Ocúpate de Otek. Hasta luego.

Se pusieron en camino hacia la ciudad Flindon, Rikov, Fonk y Janvek, llevando el primero el portafolios con los cien mil dólares. Para efectuar el recorrido de aquellas dos millas invirtieron casi tres cuartos de hora, caminando a buen paso, estirando las piernas. Se cruzaron con algunos negros y mulatos, que acudían a los campos de cultivo montados en bicicleta. Por encima de ellos, volando bastante alto, pasó también un helicóptero, en el cual no pudieron distinguir ninguna señal que lo identificase, precisamente debido a la altura; parecía dirigirse hacia el norte, hacia las bases anglo-yanquis, en Saint George Island. Una suave brisa llegaba del mar, haciendo oscilar las palmeras. El aire era tibio, agradable, y el sol se veía ya como una gran bola de color naranja sobre el mar, a lo lejos.

En la ciudad, salvo los trabajadores que se dirigían hacia las plantaciones de café, tabaco, ricino, añil… apenas vieron a nadie. Ningún blanco, desde luego. La mayoría de aquellos trabajadores eran negros o mulatos, todos descendientes de africanos. En la ciudad, recogida en el fondo de la bahía, hacía menos aire. Casi nada. Había una gran paz, un silencio agradable. Ninguno de ellos había hablado una sola palabra durante el camino, pero Flindon dijo algo, al fin.

—Jorge va a disgustarse mucho.

Su comentario no mereció respuesta. Pocos minutos después, los dos llegaban al patio trasero de una casa blanca, de tejado ocre a dos vertientes. Empujaron la cancela, fueron a la puerta, junto a la cual se veían grandes cajas, y llamaron. Por encima de ellos las hojas de dos palmeras parecían susurrar.

La puerta fue abierta por un hombre blanco, de barba rojiza, encrespada. Llevaba la mano derecha metida en un bolsillo del pantalón, pero la sacó enseguida. Su expresión era de asombro, pero, sobre todo, de alarma.

—Vosotros… —musitó—. ¿Algo fue mal en Nueva York?

—Todo fue mal… hasta cierto punto. Pudimos arreglarlo, de todos modos. Supongo que está Jorge.

—Pasad.

Se apartó. Los cuatro entraron, y el pelirrojo los llevó hacia el interior de la casa. Entraron en una cocina diminuta, en uno de cuyos rincones había una trampilla, que el pelirrojo alzó, señalando el hueco.

—Bajad a la despensa.

Descendieron todos, el pelirrojo en último lugar, cerrando la trampilla encima suyo. Se olía a café intensamente. También había sacos de harina, toneles, cajas de botellas. La iluminación era una simple bombilla que pendía del techo.

Un hombre se puso en pie en un rincón, con una pistola en la mano. Su rostro estaba tenso, crispado. Junto a él, tendido en el suelo atado de pies y manos, había un hombre, con las ropas desgarradas, lleno de manchurrones de sangre. Parecía dormido, o desvanecido.

—Hola, Jorge —saludó Flindon con voz tensa.

Jorge se acercó al grupo. Era un mulato de unos sesenta años,

delgadísimo, de cuerpo encorvado; tenía la cara llena de cicatrices de viruela, y sus ojos eran diminutos, negrísimos. El cabello parecía un gran vellón de blanco de lana. La boca era grandiosa, abultada sin exageración. En conjunto, resultaba terriblemente desagradable, inquietante.

—¿De modo que habéis vuelto? —murmuró—. Entonces, definitivamente, algo fue mal allá. Porque supongo que no habéis tenido tiempo de repartir las balas de oro.

—No.

—¿Y Otek y Rodine?

—Rodine fue muerto por dos agentes de la CIA. Otek se ha quedado en la plantación, con Morant y Berky. Está herido. Veo que Rowell no lo está pasando bien… —señaló al hombre maniatado—. ¿Es él quien nos ha traicionado?

—Sí. Pero contadme antes lo que ha pasado allá. Luego tomaremos decisiones. Mucho me temo que habrá que abandonarlo todo. Por culpa de Bozek, naturalmente.

Miró con hostilidad al pelirrojo, que soltó un gruñido de disconformidad.

—Rowell hubiese podido engañar a cualquiera, Jorge.

—Claro, claro… Bien, quiero escuchar vuestros informes. Y no os olvidéis nada. Habla tú, Flindon.

Éste encendió un cigarrillo y se sentó. Durante más de veinte minutos estuvo explicando todo lo sucedido, desde que llegaran a Nueva York y se encontraron con dos agentes de la CIA esperándoles, hasta que salieron del continente americano. Jorge se hizo cargo del portafolios y se quedó mirándolo con disgusto.

—Nuestro residente en Nueva York debe estar muy preocupado. Habrá que devolverle el dinero, pero eso no tiene la menor importancia. ¿Estáis seguros de que no habéis dejado ningún rastro que pueda serle útil a la CIA?

—Completamente seguros —afirmó Flindon—. De manera que todo depende de lo que este tipo listo —señaló al maniatado Rowell — haya podido avisar.

—Poca cosa. Engañó a Bozek muy bien, y él estaba a punto de introducirlo en el grupo, con nosotros, Pero, por suerte, sólo conocía a Bozek… que no es muy listo. Cuando me dijo que un tipo conocido suyo aceptaría trabajar con nosotros, me escamó mucho.

Ya éramos suficientes. Pero Bozek insistió mucho. Dijo que era un hombre muy listo, que sabía algunas cosas, que habían charlado mucho… Tanto y tanto, que al fin el propio Bozek comprendió que Rowell lo había estado sonsacando.

—Muy listo… ¡Y parecía un tranquilo y simpático camarero! Desde luego, yo veía que Bozek hablaba mucho con él, pero no supuse que las cosas llegasen hasta ahí. Y ahora resulta que el simpático camarero del Coral Bar es un agente de la CIA. ¿O no?

—Claro que lo es. Le hemos obligado a confesarlo todo. Pero nos dijo que no había tenido tiempo de delataros a los que habíais salido hacia Nueva York para repartir las balas en Estados Unidos. Está bien claro que lo que Rowell quería era confiarnos, para que nos quedásemos aquí, esperando como corderos a los agentes de la CIA, que habrían llegado en manadas. Rowell dice que, en efecto, es un agente de la CIA, y que pensaba delatarnos, pero que no tuvo tiempo.

—Pues lo tuvo… —Gruñó Janvek—. ¡Vaya si lo tuvo!

—Sin embargo —recapacitó Flindon—, las cosas no están tan mal como parece a primera vista, Jorge. A nosotros, la CIA nos ha perdido completamente la pista, de modo que no tenemos que preocuparnos. Ni siquiera se pudieron quedar con las balas de oro, pues Baby estaba tan segura de que podría hacer su juego, que no tuvo inconveniente en traerlas a la cita. Entonces, resulta que la CIA sabe lo de las balas de oro, pero no a quién están destinadas. Eso es todo. En cuanto a la pista que puedan tener en Bermudas, se reduce a Bozek, al que naturalmente Rowell habrá delatado, y a Rowell mismo. La solución es simple: hay que quitar de la circulación a los dos… y todo seguirá como antes. Podemos esperar una semana, y volver a llevar las balas de oro, con los microfilmes. Y esta vez, no habrá fallos… porque no habrá traidores.

—Cuidado con lo que dices, Flindon… —refunfuñó Bozek—. Admito que he sido bastante tonto por llegar a confiar en Rowell. De acuerdo. Pero de traidor no tengo nada. Y si al decir que hay que quitarme de la circulación, has querido dar a entender que…

—No seas idiota —gruñó Flindon—. He querido decir exactamente que te irás cuanto antes de Bermudas, que desaparecerás. Eres la única pista de la CIA, pues no hay que dudar que Rowell les facilitó tu nombre.

—Flindon tiene razón… —dijo Jorge—. Tendrás que desaparecer, Bozek. Eso no representa ninguna dificultad. Si la CIA envía a más hombres, no te encontrarán. Y puesto que sabes muy bien cuál es el plan de escape para emergencias, ponlo en práctica. Eso es todo. Ya no quiero verte más en Bermudas. ¿Está claro? Ve a tu punto dos convenido y ya recibirás instrucciones. ¿Necesitas dinero?

—Sería mejor que me dieras algo.

Jorge miró a Flindon, que comprendió. Abrió el portafolios, y tiró un fajo de billetes a las manos del pelirrojo. Éste se lo guardó y se quedó mirando con expresión de odio a Rowell, que parecía continuar durmiendo.

—¿No podría matarlo yo?

—No. Vete. Es todo, Bozek. Tienes que estar lejos de Bermudas antes del mediodía. ¿Estás seguro de que no mencionaste ningún nombre a Rowell?

—Seguro.

—Pues adiós.

El pelirrojo subió las escaleras y desapareció. La trampilla fue bajada de nuevo. Jorge se quedó pensativo, con expresión preocupada.

—En fin, habrá que aceptar las cosas como están. Lo malo es que están esperando esas instrucciones en Estados Unidos.

—Todo lo que hay que hacer es colocar los microfilmes en otras balas y volver allá, por otro sitio. Y esta vez no habrá nadie esperándonos.

—Esperaremos una semana. Mientras tanto, todo tranquilo y normal. Cada uno seguirá viviendo en Hamilton como si nada hubiera pasado. Así de sencillo. Lástima que ya sea de día…

—¿Qué?

—Hay que matar a este hombre, y enterrar el cadáver en algún lugar seguro. Podéis marcharos. Pero volved a la noche: mataremos a Rowell, y os lo llevaréis de aquí. Sólo entonces podremos estar completamente tranquilos.

—De acuerdo, Jorge.

—Y procurad no venir demasiado a mi tienda. Si queréis tabaco, o cualquier cosa, hay otras tiendas. A menos que parezca completamente natural que vengáis a mi tienda, no lo hagáis.

—Sí… Como siempre. Ya sabemos eso, Jorge. ¿A qué hora venimos esta noche, para llevarnos el cadáver de Rowell?

—Hacia las dos de la madrugada. Es la mejor hora. Todo el mundo duerme.

—Bien. ¿Lo vas a matar ahora?

—No. Hace demasiado calor, y un cadáver puede llegar a oler demasiado. Lo tendré aquí encerrado durante el día. Y no preocuparos: ni podrá soltarse, ni hablar, ni intentar nada… Está bien seguro aquí… Bien, marchaos ya a vuestros alojamientos. Esta noche decidiremos cuándo volveréis a salir hacia Estados Unidos con las balas de oro Es mejor que dejes el portafolios aquí, Flindon.

—Claro…

Se lo entregó a Jorge, que fue hacia un rincón del sótano habilitado para despensa, y, apretando en la pared, hizo mover un pedazo de ésta. Es decir, no era pared, sino cartón pintado. Una sólida caja fuerte quedó al descubierto. La abrió, y se volvió hacia Flindon.

—Espera. Si alguien te ha visto entrar con el portafolios, es mejor que te vea salir con él. Supongo que es tuyo, y no del residente de Nueva York o…

—Es del residente de Nueva York —musitó Flindon.

El mulato le dirigió una malévola mirada.

—¿Es necesario que hagáis tontería tras tontería? Llévatelo de aquí y destrúyelo completamente. ¿Entendido? ¡No dejes ni rastro de este portafolios!

—Está bien, Jorge.

Éste acabó de sacar los fajos de billetes y, por pura rutina, pasó la mano por dentro del portafolios, con el gesto de quien se quiere asegurar de que no queda nada dentro… Se quedó inmóvil, de pronto, y su mirada volvió hacia Flindon. Sin apartar de los ojos de éste los suyos negrísimos y diminutos, duros y crueles, Jorge fue sacando la mano. Por fin, miró lo que tenía en ella, y todos vieron el brusco gesto de sobresalto que apareció en sus facciones.

—¿Qué… qué pasa? —se interesó Flindon.

—¡Qué pasa…! —aulló Jorge—. ¡Mira esto, imbécil!

Le puso la mano bajo las narices, mostrando en la palma el pequeño emisor de señales. Flindon palideció intensamente, y en el acto un sudor frío brotó de su frente.

Quedó estremecido, contemplando incrédulamente el pequeño objeto metálico.

Por fin, pudo tartamudear:

—Es… es un emisor de…

—¡De infiernos para ti! Flindon, ¡maldito seas! Os han seguido, saben que estáis aquí…

¡Hay que marcharse enseguida! Janvek, mata tú mismo al de la CIA y vámonos a…

—Un momento… —interrumpió Janvek—. Tengamos calma. No creo que nadie haya podido seguirnos. Además, es absurdo.

—¿Absurdo? ¿Por qué?

—En primer lugar, es poco probable que supieran que iríamos al río con un helicóptero, de modo que no pudieron seguirnos hasta la granja, que está a más de quince millas de la interestatal nueve. En segundo lugar…

—¡En segundo lugar, tú también eres un imbécil! —explotó Jorge—. ¿Te has fijado bien en este emisor? ¡Obsérvalo! Es especial, con un alcance de emisión superior a las veinticinco millas. Y no me digas que no es posible, porque ya tuvimos noticias de ese adelanto técnico de los americanos, y nosotros mismos estamos ya fabricando este tipo de emisores potentísimos. Cualquiera os ha podido seguir, desde veinte o veinticinco millas de distancia, ya sea en helicóptero o en avión…

—Espera… Espera, Jorge. —Susurró Flindon, ya más sereno—. No nos han seguido. Escúchame bien. Comprendo ahora la jugada de Baby. Ella entró en el coche con el portafolios, y fue sacando los fajos de billetes, que dejó en el asiento. Allá debía tener el emisor, y una de las veces que metía la mano para sacar los billetes, lo colocó dentro… Eso es lo que pasó. ¿De acuerdo?

—Yo creo que no pudo ser de otro modo —musitó Janvek.

—Esos detalles no importan —gruñó Jorge—: el hecho cierto es que el emisor está aquí, y que…

—No les servirá de nada. Estoy seguro de que Baby estaba operando sola. Y te diré por qué. Si la hubiesen acompañado, nos habrían atacado en la orilla del río. Estuvimos allá más de cinco minutos después de matarla. Tuvieron tiempo de atacar… pero no lo hicieron porque ella estaba sola. No puede ser de otro modo. También demuestra que estaba sola en el asunto el hecho de que no

nos acorralasen en la granja. Estuvimos allá casi una hora, Jorge. ¿No crees que en una hora tenían tiempo más que suficiente para acorralarnos en la granja? En una hora tenían tiempo de llegar a ella incluso en bicicleta. ¿Qué te parece?

—Bien…

—Nos habrían cazado en la granja; si este cacharro hubiese estado conectado a algún receptor aparte del de Baby. El de ella se quedó en el coche, y cuando lo encuentren ya no les servirá de nada. ¿No lo comprendes, Jorge? Estuvimos una hora en la granja: si no nos cazaron allí es que nada tenemos que temer. Dame eso.

Flindon tomó el emisor de señales, lo dejó caer al suelo y lo aplastó con el pie, destrozándolo.

—Yo creo que Flindon tiene razón, Jorge —murmuró Janvek.

—Lo que dice tiene sentido… —admitió Jorge—. Os habrían cazado en la granja, habiendo tenido toda una hora para llegar hasta ella.

—Pero no lo hicieron. No hay nada que temer, de veras.

—De acuerdo. ¿Estáis seguros de que la mujer que matasteis era la agente Baby?

—Sí.

—Hum… Demostró ser lista al preparar el asunto del emisor, para poder seguiros luego, y encontraros. Pero no demostró ser tan lista al ir sola al lugar de la cita, sin protección… Eso fue muy ingenuo por parte de una agente de la categoría de ella… ¿No os parece?

—Intentó escapar. Ya debía tenerlo pensado así; y como sabía que recogeríamos el dinero, y lógicamente lo meteríamos en el portafolios, por eso colocó el emisor en éste. Muy lista, sí. Sólo que falló en algo esencial: conservar la vida.

Jorge se quedó mirando de uno a otro de sus hombres. Había una expresión maligna en los negros ojos del mulato. Algo no acababa de gustarle.

—Sabéis muy bien que muchos de los mejores agentes de la MVD han muerto en el intento de eliminar a Baby.

—¿Qué quiere decir? —Gruñó Fonk.

—Quiero decir que habéis tenido mucho honor. Y que, naturalmente, reclamaréis al directorio los dos millones de dólares que se ofrecen por la muerte de Baby.

—¡Oye, un momento! —Se encrespó Flindon—. ¡Si crees que no hemos matado a Baby, y que decimos que sí sólo para cobrar la recompensa del directorio, estás muy equivocado! No somos tan idiotas… Si ella estuviese viva y volviera a hacer una de las suyas, tendríamos que responder de eso, ¿no es cierto?

—Claro. Desde luego, no es posible que seáis tan estúpidos, así que ella debe estar muerta. Bueno, marchaos ya. Ah, una cosa… Ya sabéis dónde tenía su domicilio Bozek, de modo que sería buena idea que os dieseis unas vueltas por allí, por si alguien fuese preguntando por él. Es seguro que irán agentes de la CIA, que acudirán a Bermudas al no tener más noticias de Rowell. También irán por el Coral Bar, en busca de éste, se supone. Si así es, quiero que tengáis a esos americanos bien vigilados. Hay que saber qué están haciendo en todo momento, por si acaso. Podéis dividiros en dos parejas. Janvek y Fonk por un lado, y Flindon y Rikov por otro. Cada uno que vigile un sitio de ésos.

—Supongamos que llegan agentes de la CIA —admitió Fonk—: ¿qué hacemos con ellos?

—Nada. Absolutamente nada. Dejadles que se muevan, que se desilusionen de conseguir una nueva pista, y que regresen a Estados Unidos.

—¿Y si encuentran una nueva pista? —murmuró Rikov—. Esa es una posibilidad que hay que tener en cuenta, Jorge.

—Claro. Pero yo creo que si ellos encuentran una nueva pista, y vosotros os dais cuenta, sabéis muy bien lo que tenéis que hacer. ¿O no, Rikov?

Éste sonrió secamente.

—Claro, Jorge… Sabes muy bien lo que tenemos que hacer con los agentes de la CIA.

Jorge se quedó mirando pensativamente los restos del emisor de señales.

—Por una parte —musitó—, me gustaría que viniesen algunos hombres de la CIA y que se dedicasen a buscar a Bozek y a Rowell. Sería el modo de saber con toda seguridad que no han podido seguirnos, que el emisor no les ha servido de nada. Estad atentos, pues. Y no olvidéis que os espero a las dos de la madrugada.

Capítulo VI

A las dos de la madrugada, con intervalos de pocos minutos, llegaron las dos parejas, formadas por Janvek y Fonk, y Flindon y Rikov. El propio Jorge fue quien les abrió la puerta de atrás, haciéndoles señas perentorias para que entrasen.

Lo hicieron los cuatro, y Flindon señaló con el pulgar, por encima del hombro, el viejo coche que se veía tras ellos.

—¿Ha venido Morant? —preguntó.

—Sí. Está abajo.

—Vaya un cacharro… —rió Janvek—. Casi se va más deprisa a pie que sobre esas cuatro ruedas. ¿Por qué demonios no compra uno nuevo, Jorge?

—Porque no interesa que nadie pueda pensar que tiene más dinero del que gana en la plantación —dijo secamente Jorge—. Además, con ese coche tiene suficiente en este lugar. Nunca hay prisa.

—Es verdad… ¡Si Morant tuviese prisa le saldría más a cuenta correr con sus propias piernas que subido a ese cacharro!

—Suponiendo que fuese capaz de correr sin detenerse durante dos millas, sí… —Jorge los miró aviesamente—. Parece que venís muy contentos, de excelente humor.

—Así es. Ya te contaremos abajo.

Fueron a la cocina y, por la trampilla, descendieron al sótano-despensa. Allá estaban Morant y Berky, los dos hombres encargados de la casa de la plantación, y de la vigilancia y cuidado del helicóptero, que, evidentemente, estaba a nombre del propietario de la plantación. Oficialmente, era un inglés que residía en Londres.

La realidad era que ese inglés era Jorge, el mulato. Las cosas, o se hacen bien, o no se hacen.

Rikov señaló al agente de la CIA, maniatado sólidamente, todavía tirado en el suelo, mirando de uno a otro con expresión

imperturbable.

—¿Aún no lo habéis matado? —Se fastidió Flindon—. ¿Acaso vamos a sacarlo vivo de aquí?

—Desde luego que no… —negó Jorge—. Pero nunca hay que precipitarse. Matar es fácil. Resucitar a alguien es imposible. Y nunca se sabe cuándo una persona puede ser más útil: si viva o muerta.

—Bonitas palabras… —sonrió Fonk—. Bueno, ¿no quieres saber lo que ha estado pasando durante el día?

—¿Llegaron agentes de la CIA? —entornó los ojos Jorge.

—Ajá. Dos solamente. ¿Quieres verlos?

—¿Verlos? —musitó el mulato—. ¿Qué habéis hecho?

—Fotografiarlos solamente… —rió Flindon; sacó unas fotos de un bolsillo interior y las tendió a Jorge, que las tomó con gran interés—. Les tomamos unas fotos con microcámara. Llegaron, según parece, en el vuelo doscientos cuarenta y cinco, procedente de Nueva York, desde luego. Y se han pasado el día de un lado a otro… Pero eso, después de ir al Coral Bar. Quedaron muy decepcionados al no ver allá a Rowell. Luego, sin vacilar, se fueron al domicilio de Bozek. Sabemos que forzaron la puerta.

Estuvieron allá dentro más de diez minutos.

—Eso demuestra que mis temores eran exactos —murmuró Jorge—. Rowell no sólo avisó de que llegabais a Nueva York con las balas de oro, sino que, lógicamente, delató a Bozek… Bueno, ya no importa. Bozek está lejos de Bermudas ahora, y las balas de oro las tengo yo… con los microfilmes, que es lo realmente interesante. ¿Qué más han hecho estos dos americanos?

—Pasear. Han estado paseando desde que se convencieron de que Bozek y Rowell se habían esfumado. Han ido como dos tontos de un lado a otro. Finalmente, se han retirado a su hotel, el Ambassador, y no creo que esta noche tengan ganas de juerga, precisamente.

Jurge asintió, examinando detenidamente las fotografías de aquellos dos hombres. Uno de ellos debía tener unos sesenta años, era ligeramente calvo, tenía los ojos pequeños y astutos, y un gesto avinagrado. El otro no debía tener más de treinta y seis, era fuerte, atractivo, de expresión simpática y viril.

—¿Os habéis enterado de sus nombres?

—Nos pareció que eso podría ser comprometido.

—Desde luego. Bien, no importan sus nombres. Seguramente, serán falsos.

—¿Qué hacemos con ellos? —se interesó Rikov.

—Ya os dije que nada. Los dejaremos volver tranquilamente a Estados Unidos. No ganaríamos nada matándolos. Al contrario, nos complicaríamos la vida sin necesidad. ¿Por qué molestarse con ellos, si no han conseguido la menor pista? Lo que sí haremos, será enviar estas fotografías a Nueva York. Veremos si nuestro residente, o sus hombres de sector, pueden identificar a estos dos sujetos. Eso sí que sería conveniente… Éste es ya casi viejo… No creo que sea un agente de acción directa. Posiblemente es un jefe de relativa importancia.

—Eso pensamos nosotros. No parece probable que la CIA sólo disponga de ancianos para meterse en líos. El otro ya es diferente… Es muy alto y fuerte. El clásico agente de acción.

—Los dejaremos en paz, puesto que ellos no tienen la menor idea de cómo localizarnos. Nada de líos, y, sobre todo en las Bermudas. Así que enviaremos estas fotos a Nueva York, y eso será todo. Habrá que incluirlas en el microfilme que le llevaremos la semana próxima al residente de allí… ¿Tenéis la película?

—Yo la tengo —dijo Flindon.

—Bien… La colocaremos en la bala para el residente de Nueva York. Pero eso puede esperar, por si surgen más noticias o nuevas instrucciones que repartir en Estados Unidos. Ahora, ocupémonos del amigo Rowell.

—¿Lo mato yo? —se ofreció Rikov.

—Debería hacerlo Bozek, realmente… —opinó Jorge—. Pero como él no puede hacerlo, lo haré yo, en su representación.

Sacó una pistola, con silenciador, y miró con maligna expresión al maniatado y amordazado agente de la CIA.

—¿Tienes algo que decir, Rowell?

Rikov soltó una risita. El espía norteamericano había desorbitado los ojos, fijos en la pistola que empuñaba Jorge.

Plop… Plop… Plop…

Los ojos de Rowell se abrieron aún más, todo su cuerpo se tensó brusca, fuertemente. Y con la misma brusquedad se relajó, quedando como una blanda masa inmóvil en el suelo. Sobre su

pecho, las tres rosas de sangre se iban agrandando, hasta llegar a juntarse, formando una sola, en muy pocos segundos.

Jorge se guardó la pistola, con indiferencia, y se volvió hacia Morant y Berky.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer con él.

—¿Se lo llevan ellos? —preguntó Fonk.

—Sí. Van a regresar a la plantación, así que nadie tiene por qué molestarse. Sólo tienen que parar en un sitio que ya tienen preparado, bajar, y enterrarlo enseguida. No les llevará más de cinco minutos toda la operación; Y jamás encontrarán allí el cadáver.

—De acuerdo… ¿Y nosotros?

—Vosotros podéis volver a vuestros alojamientos en Hamilton, Todo normal. Con la desaparición de Bozek de las islas, y con la muerte de Rowell, podemos, estar tranquilos. Simplemente, todo como siempre, hasta la semana que viene, cuando tengáis que llevar las balas a Estados Unidos. Eso es todo.

—¿Nos vamos ya?

—No sé qué estáis esperando.

Flindon, Rikov, Fonk y Janvek encogieron los hombros, y se dirigieron a la escalera que los conduciría a la cocina. En el sótano quedaron solamente Jorge y Berky y Morant, éstos envolviendo el cadáver del hombre de la CIA en pedazos de tela de saco, Luego, lo ataron sólidamente con unas cuerdas, formando un paquete manejable. Al menos, para Berky, que se cargó el muerto sobre un hombro como si pesase media libra.

—Tened cuidado… —murmuró Jorge—. Sería catastrófico que os viese alguien.

—Tranquilo, Jorge. Sabemos cómo hay que hacer estas cosas.

—Así lo espero. Marchaos ya. Los demás deben estar lejos de mi casa. Vamos, vamos, deprisa… Tengo ganas de terminar con todos estos contratiempos.

Berky fue el primero en emprender la ascensión por la escalera. Poco después salían de la casa, tras haber salido primero Jorge a echar un vistazo.

—No hay nadie. Daos prisa.

Trasladaron velozmente el cadáver al vetusto coche negro y lo tiraron en la parte de atrás. Morant se puso al volante, y Berky a su

lado. Cuando el coche arrancó, Jorge ya había desaparecido en el interior de su casa, muy satisfecho porque sus grandes preocupaciones, debidas al contratiempo en Nueva York, habían terminado. ¡Pobre Jorge…!

Apenas habían salido de Hamilton, hacia la plantación, cuando Morant, fija la mirada en el espejo retrovisor, frunció el ceño.

—Alguien nos sigue, Berky.

Éste respingó y se volvió para mirar por el cristal zaguero. En efecto, tras ellos iba alguien. Una persona, montada en una bicicleta. A la luz de la luna era muy fácil distinguirla.

—Es una negrita… —musitó Berky—. Sólo una negrita en bicicleta.

—Me pregunto qué hace una negrita paseando en bicicleta a las dos de la madrugada. Ten cuidado con ella.

—¿Quieres que te diga lo que ella hace? Pues esto: regresa a la plantación. Habrá pasado una noche divertida con algún blanco, en la ciudad, y ahora regresa para descansar unas horas, con algunas libras o dólares de más en los bolsillos.

Morant también sonrió, tranquilizado.

—Claro… Desde luego, algunos blancos son tontos. ¡Mira que pagarle a una negra!

—¿Qué tienen de malo las negras? —rió Berky.

Esto dio que pensar a Morant, que al fin murmuró:

—Nada. Al contrario. Pero me pregunto por qué darles dinero.

—Para tenerlas. Tú y yo no les daríamos ni un centavo porque tenemos todas las que queremos en la plantación, completamente gratis. Pero ya sabes lo que hacen los norteamericanos: vienen aquí a descansar unos días, o a hablar tranquilamente de negocios en una de esas magníficas villas junto al mar… Aquí no están en Estados Unidos, y dan rienda suelta a sus caprichos.

—Cualquiera diría que no hay negras en Estados Unidos.

—¡Claro que hay! Pero los verían… Alguien podría enterarse. Y tal como están las cosas allí en este sentido, a ninguno le interesa. De todos modos, yo los comprendo. Las negritas, cuando se ponen cariñosas, son tremendas.

—¡Es verdad! —rió Morant—. Oye: ¿sabes con qué clase de mujer tengo yo ganas de…?

—No. ¿Con cuál?

—Con una japonesa. ¡Dicen que son tan dulces y suaves…! Cualquier día me largo de vacaciones a Japón y me harto de japonesas.

—Las que dicen que son de espanto son las moras… —arguyó Berky—. Unas furias, chico.

—Pues eso es lo que nos gusta a los hombres, ¿no?

Se echaron a reír los dos, pero la risa se fue apagando muy pronto en Morant, que continuaba mirando por el retrovisor.

—Y la negrita sigue detrás… Voy a reducir la velocidad, para que nos pase. Estaré más tranquilo. Además, ya llegamos al lugar donde antes hicimos el agujero.

Redujo la ya de por sí asmática marcha del coche y en pocos segundos la negrita en bicicleta los rebasó, pedaleando vigorosamente. El que mejor la vio fue Berky, pues pasó muy cerca de él, por aquel lado del coche. La negrita llevaba solamente una blusa, que parecía negra, pero que quizá era roja; y unos *shorts* blancos, contra los cuales destacaban sus esbeltísimas piernas morenas.

—Vaya negrita… —farfulló Berky—. Si no fuese por este asunto del entierro, le iba a hacer algunas proposiciones que le gustarían.

—¿A ella… o a ti? —rió Morant.

Volvieron a reír. La negrita aparecía ya por delante del coche, muy pronto se perdió de vista por delante de ellos. Para cuando llegaron al lugar donde tenían ya cavada la tumba, no había ni rastro de ella. Ni de nadie. Cuando detuvieron el coche fuera del camino, oyeron inmediatamente el rumor del mar. A menos de doscientas yardas, la luna se convertía en millones de chispitas brillantes sobre la blanca espuma de las olas, que tomaba un tono ligeramente anaranjado. Todo el mar era como un gigantesco espejo, hasta el infinito. Pero aquella paz, aquel amable rumor del mar, aquel espectáculo impresionante, tenía sin cuidado a los dos hombres.

—Deprisa —musitó Morant—. Terminemos cuanto antes.

Sacaron el cadáver del coche y lo llevaron entre los dos hacia el grupo de arbustos. Morant los apartó, y los dos se introdujeron entre el ramaje, que formaba una especie de bóveda con olor a tierra y a sal. El hoyo ya estaba hecho, de modo que sólo tuvieron que tirar dentro el «paquete» envuelto en sacos y colocar la tierra

encima. Luego, clavaron en la removida, blanda tierra, las raíces de algunos de los arbustos, previamente arrancados.

Ni siquiera estuvieron allí cinco minutos.

—Listos… —jadeó Berky—. Vámonos.

Antes de salir de bajo los arbustos, sacaron solamente la cabeza, mirando a todos lados; habría sido un gran contratiempo que hubiese pasado alguien por allí, aunque fuese otra negrita que regresara de la ciudad, de hacer feliz a un blanco… o a un negro. ¿Quién sabe?

Nadie a la vista. Salieron rápidamente, corrieron hacia el coche y cada uno ocupó su puesto en el asiento delantero. Morant acercó la mano a la llave del contacto…

—Hola, simpáticos.

Los dos hombres quedaron petrificados por el asombro, por el sobresalto, al oír aquella voz de mujer, en inglés. En un inglés nasal fuerte; el inglés que sólo puede hablar un norteamericano… Es decir, una norteamericana.

Y tras el sobresalto, se volvieron. Lo único que pudieron ver entonces fue la mancha de algo blanco en el asiento. Más arriba, dos puntos blancos, que destacaban en un rostro que no podían distinguir.

Plop.

Fue un chasquido suavísimo, apenas audible. Berky lanzó un gemido, y sus ojos giraron velozmente un instante, como si quisieran contemplar el diminuto agujero que una balita había hecho en el centro de su frente, produciéndole la muerte fulminante.

Morant quiso moverse, pero algo brillante apareció de la oscuridad, y se clavó suavemente en su cuello, paralizándolo por la comprensión de que si se movía siquiera fuese una décima de pulgada más, lo iban a degollar.

—Así me gusta —dijo aquella deliciosa voz femenina—. Ahora, pon el coche en marcha y vuelve a los arbustos. Y he dicho AHORA.

Morant tragó saliva… y obedeció. El coche se apartó aún más del camino, directo a los arbustos donde habían enterrado al agente de la CIA. Se detuvo, y de nuevo sonó aquella voz:

—Saca tu pistola, muy despacio y sin volverte. Luego, la tiras por la ventanilla. Después, sales tú, y te alejas media docena de

pasos. Sólo media docena. ¿Has entendido bien?

Morant asintió con la cabeza, y obedeció punto por punto. Al salir, el cadáver de Berky se desplazó en el asiento, cayendo de lado ante el volante. Tenía los ojos muy abiertos, aterrados… Morant caminó la media docena de pasos y se volvió. Para entonces, la negrita que antes les había rebasado montada en bicicleta, ya estaba recogiendo su pistola del suelo, con la misma mano en que tenía un bastón. En la otra mano se veía la forma de una pequeña pistola.

—Yo no disparo balas de oro, muchacho, pero te aseguro que mis balas también matan. Hagamos un trato: tú te portarás, bien, y yo no te molestaré demasiado. *¿Okay?*

—¿Quién, quién es usted…?

—Una hermosísima negra, ¿no lo ves? ¿O te parezco una encantadora mulatita? Ahora, vamos a entrar en esos arbustos y desenterrarás al hombre. Y te aconsejo que no te fíes de mi bonita apariencia: soy más mala que una víbora. A trabajar, «amigo».

Siempre bajo el implacable control de la negrita, Morant tuvo que desenterrar el cadáver de Rowell y sacarlo de allí. Luego se alejó unos pasos, siempre bajo las indicaciones de la negrita, que se arrodilló junto al «paquete». De la punta de su bastón salió una afiladísima hoja de acero, con la cual cortó las cuerdas y los trozos de saco, hasta que pudo dejar al descubierto el rostro del cadáver. De pie ante ella, a media docena de pasos, Morant, calculaba las posibilidades que tenía si la atacaba…

—¿Es de la CIA? —inquirió roncamente la negrita.

—Yo no sé… No tengo nada que ver con…

La negrita se puso en pie y se acercó a Morant. La punta de la hoja de acero se apoyó en su garganta, mientras la pistolita, en la mano derecha, apuntaba a su vientre.

—¿Es de la CIA? —insistió ella.

—Si.

Hubo unos segundos de silencio. Y durante esos segundos, Morant notó cómo la punta de acero vibraba en su garganta, como si la mano que la empuñaba estuviese temblando.

—Muy bien… —Brotó ronca de nuevo la voz femenina—. Con éste ya me habéis matado a tres. Son demasiados en tan poco tiempo… ¿Cómo te llamas?

—Morant… Jules Morant… Pero yo no…

—Vamos a hacer un trato, Jules, Y créeme que te conviene. No quiero discusiones, ni mentiras, ni complicaciones. Las cosas bien claras desde el principio. Atiende: puedo arrancarte los dos ojos, cortarte las manos, las orejas… y hasta otras cosas. Puedo cortarte a pedacitos, arrancarte la lengua, quemarte vivo bien rociado con gasolina, abrirte en canal como si fueses un cerdo… Puedo hacer todo eso, no te quepa duda. Pero haremos un trato: tú contestarás a todas mis preguntas, después de haberme puesto al corriente del asunto de las balas de oro, y yo no te haré nada. Nada. Te dejaré marchar vivo, lejos de Bermudas… ¿Qué contestas? Sin tonterías, sin decir que tú no sabes nada de nada, ni majaderías semejantes… ¿Aceptas o no mi trato?

—Sí.

—Magnífico. Ahora, siéntate ahí, delante mío, y empieza a contarlo todo. Tranquilo, con buenos modales, con orden y claridad. Yo haré luego las preguntas que quiera. Siéntate.

Morant miró a sus pies, con la actitud de quien se dispone a sentarse. Se inclinó, dobló las piernas… y se impulsó fuertemente con ellas, de cabeza, contra la negrita, en busca de un encontronazo cuya violencia iba a ser brutal, y en el que la negrita, sin duda alguna, llevaría la peor parte.

¿Magia negra? Quizá. El hecho cierto fue que la negrita desapareció de la trayectoria de Morant, el cual sólo encontró el vacío ante él, mientras pasaba manoteando, en busca de algún asidero. No lo encontró. Pero sí hubo algo que se colocó bajo sus pies, de tal modo que dio un tropezón tremendo, saltó en el aire y cayó de bruces, con las manos por delante, despellejándoselas contra el suelo… Quiso incorporarse, pero recibió un golpe de tal fuerza en los riñones que pareció quedar clavado al suelo, sin resuello. El siguiente golpe fue en el hígado, afectando también el vientre; el tercero fue un taconazo en la cabeza que hundió su rostro en el áspero suelo, partiéndole la nariz, que crujió secamente. Luego, una mano le asió por los cabellos y tiró salvajemente de él, dejándolo sentado. La hoja de acero apareció ante los ojos de Morant, llenos de lágrimas… La sangre de su reventada nariz se esparcía por todo el rostro, amasándose con tierra… Sólo veía una mancha borrosa ante él. Y oía aquella voz:

—Tranquilo, Jules: no me obligues a emplear malos modales.

Capítulo VII

¿Estás más tranquilo, «amigo» Jules? Pues adelante, te escucho. ¿A quiénes van a parar las balas de oro?

—No lo sé.

—Jules…

—¡No lo sé! ¡Eso sólo lo saben Jorge y Flindon!

—¿De veras? ¿Y quién es Jorge y quién es Flindon?

—Jorge es nuestro jefe… el jefe del grupo en las Bermudas. El recibe instrucciones directamente de… de…

—De Moscú… —sonrió la negrita, mostrando unos dientes pequeños y blanquísimos—. ¡Pero hombre, si eso ya lo sé! Mira, para ahorrar tiempo, te diré lo que ya he comprendido. Veamos: ciertas órdenes llegan de Moscú a Hamilton, aquí, en las Bermudas. Esas órdenes las recoge el buen Jorge, y entonces, después de microfilmarlas, introduce esos microfilmes en balas de oro, fabricadas especialmente, partidas por la mitad, y luego soldadas. Muy bien. Hecho esto, cada bala lleva un distintivo, un número pequeñísimo grabado en ella. Ese número indica a qué persona debe disparársele esa bala de oro. ¿Correcto?

—Sí…

—Pero esas balas de oro no son para matar, claro, sino para enviar los microfilmes a agentes rusos residentes en Estados Unidos. Es una buena idea esta de las balas de oro, aunque también podrían ser de plomo. Si no son de plomo es por una razón muy lógica: porque el plomo es mucho más blando que el oro, y, según donde diese la bala, se podría aplastar tanto que estropearía el microfilme que contiene. Por lo tanto, se utilizan balas de oro. En lugar de ir cada período establecido a visitar a los agentes rusos residentes en Estados Unidos, o de citarse con ellos en lugares que quizá no serían todo lo discretos que conviene, se ha recurrido a las balas de oro. Vamos a llamar Equis a uno de esos residentes del espionaje

soviético. Pues bien: el señor Equis no corre ningún riesgo, porque jamás se le acerca nadie a darle instrucciones; en ningún momento se le puede ver con un personaje sospechoso. Sin embargo, cada período de tiempo establecido, el señor Equis recibe sus instrucciones de la MVD. ¿Cómo? Por medio de una bala de oro. El procedimiento es sencillo: un coche se detiene delante de la residencia del señor Equis, en Nueva York, por ejemplo. Y desde dentro del coche, el agente ruso encargado de distribuir las instrucciones en Estados Unidos dispara una bala de oro… Con una pistola con silenciador, naturalmente. La bala puede dispararla contra un árbol, una tabla, o contra el suelo. Eso es lo de menos. Pero, eso sí, la bala ha de ser de oro, más duro que el plomo; así, no se corren riesgos de que se aplaste demasiado y se estropee el microfilme. Bien, entonces, el señor Equis recoge la bala, la abre, extrae el microfilme con las instrucciones del mes, o del trimestre, y ya está. Todo discreto, formidable, perfecto. Poco después, o quizá al mismo tiempo, él dispara también una bala de oro contra el coche, es decir, contra una parte especial del coche que absorberá su bala de oro. Y así, el señor Equis ha enviado también sus informes a la MVD. De este modo, hay por lo menos nueve personajes importantes en Estados Unidos que reciben instrucciones muy serias procedentes de Moscú. A su vez, esos nueve hombres deben tener otras ramificaciones menos importantes, de personal que realiza tareas secundarias, o encargados de provocar disturbios, agitaciones entre negros o estudiantes, etcétera, etcétera. ¿De acuerdo, Jules?

—Sí… Si, así es…

—Bien. Como es natural, todo esto significa la existencia de una importante red de espionaje ruso bien instalado en Estados Unidos. Ahora, Jules, yo quiero los nombres de esos agentes rusos distribuidos en Estados Unidos. ¿Lo entiendes?

—Sí… ¡Perú yo no conozco a nadie de allí!

—¿Cuántos son en total?

—No sé. Jorge ha hecho comentarios algunas veces… Creo que unos cien o ciento veinte… ¡No estoy seguro!

La negrita movió la cabeza en gesto admirativo.

—Cien o ciento veinte agentes rusos bien distribuidos, sin levantar sospechas, sin el menor control o desconfianza sobre ellos.

Fantástico. Hacía tiempo que no tenía nada tan importante en las manos. ¿El jefe de Bermudas es Jorge?

—Sí… Él es quien lleva el control aquí, y, por medio de los informes que recibe en balas de oro, también controla todo ese grupo residente en Estados Unidos.

—Vaya… Un pez muy gordo el que tengo que pescar. ¿Cómo es el amigo Jorge?

—Es… un mulato Tiene sesenta años, es muy listo…

—Mucho ha de serlo, para tener bajo su control ciento veinte espías rusos en Estados Unidos. Sí… Muy listo. ¿Y Flindon? ¿Quién es Flindon?

—Es el jefe de las expediciones a Estados Unidos para distribuir allí las balas de oro y recoger las de los residentes.

—Entiendo. Y hasta es posible que conozca al amigo Flindon. Sí… Seguramente es él… Bien, ya lo veré más adelante. Ahora quiero saber quién mató a ese hombre, Jules. ¿Quién lo hizo?

—Fue Jorge…

—Ah. ¿Y sabes dónde vive Jorge?

—Sí.

—¿Y Flindon?

—También…

—¿Y uno que se llama Fonk?

—Sí…

—¿Quién más hay? Falta por lo menos otro.

—Janvek.

—¿Y el de la granja? Me refiero a la granja donde se reunieron, en Estados Unidos.

—Ah… Ese es Rikov.

—¿Y el herido en el hombro?

—Otek.

—¿Quién más?

—Estaba Bozek, pero se fue, porque el agente de la CIA lo había delatado y tuvimos que enviarlo lejos.

—Muy lógico. Bien, entonces sois: tú, Jorge, Fonk, Rikov, Flindon. Otek, Janvek… ¿Alguien más?

—No.

—Espero que no me engañes. Soy mala enemiga cuando me engañan, Jules. Ahora, dime dónde puedo encontrar a todos los

hombres que hemos citado. Empecemos por Jorge.

Jules Morant no tuvo inconveniente alguno en decirlo todo. Estaba comprendiendo rápidamente que el grupo se iba a desmoronar, y no iba a ser tan loco de dar la vida por otros hombres. Y el gesto de la negrita era tan amable y atento, tan cordial, que bien vaha la pena complacerla y luego largarse a toda prisa de las Bermudas…

—Espero que no me hayas mentido, Jules. Me enfadaría mucho.

—Le he dicho la verdad. Ya comprendo que las cosas están muy mal, así que todo lo que me interesa es salvarme yo. Los demás harían lo mismo.

—Seguramente. Bien, vamos al coche. Al primero que vamos a visitar será Otek, el Pobrecito herido que participó en la pelea en los muelles, donde murió un agente de la CIA. Apuesto a que él disparó más de una bala.

—No sé…

—Yo sí lo sé. Pero es natural… Sois un grupo importantísimo, Jules. Comprendo muy bien que no os andéis con remilgos, es claro. Sé lo suficiente de espionaje para comprender ciertas cosas…

—Usted no es negra… Ni mulata.

—¿De verdad crees eso? Bueno, no discutiré contigo. Ahora, coge el cadáver del agente de la CIA y llévalo al coche. Lo dejas en el asiento de atrás. Luego, traes aquí el cadáver de tu compañero. Por cierto: ¿cómo se llamaba?

—Berky.

—Pues vamos a recoger a Berky y a llevar allá a Simón… al de la CIA, quiero decir. Andando, Jules.

El agente de la CIA, todavía envuelto en trozos de saco a excepción de la cabeza, fue llevado al coche. Y Berky fue llevado a los matorrales, hasta la misma fosa donde antes había estado enterrado, si bien brevemente, el espía norteamericano.

—¿Lo entierro? —musitó Morant.

—No es necesario. Estaréis mejor juntos aquí arriba. Adiós, Jules. Perdona que sea tan embustera y traidora.

Plop.

La balita se clavó entre las cejas de Jules Morant, que ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de que aquella negrita era una maldita, embustera, traidora y asesina víbora, que pagaba sus informes con

una bala en la cabeza. La muerte fue fulminante para Morant, que quedó tendido encima de Berky, ambos en el hueco de aquella fosa que ellos mismos habían cavado para un agente de la CIA.

Luego, tranquilamente, la bellísima pero asesina negrita, se fue al coche, lo puso en marcha y se alejó de allí.

Tenía prisa, porque le quedaban por hacer algunas visitas.

* * *

La más importante, sin duda alguna, era la última. Para entonces, estaba amaneciendo, y las demás visitas habían sido cumplidas muy satisfactoriamente. Al menos, a la satisfacción plena de la negrita.

De modo que, amaneciendo ya, el vetusto automóvil negro se detenía en la parte de atrás de la casa de Jorge, llevando todavía en la parte de atrás el cadáver del agente de la CIA. La negrita se apeó y se dirigió sin vacilar, con paso elástico y graciosísimo, hacia la puerta.

Llamó a ella fuertemente y se colocó en el acto detrás de una de las pilas de cajas, pistolita en mano. No tuvo que esperar ni siquiera quince segundos. La puerta se abrió y Jorge apareció en ella, con expresión tensa, dispuesto a mirar a todos lados… Pero su mirada quedó fija, como clavada en el coche que tenía a menos de veinte pies. El rostro del mulato quedó desencajado, más claro de lo habitual. Pareció a punto de cerrar la puerta, pero, de pronto, se dirigió a toda prisa al coche. Se asomó por la ventanilla delantera izquierda… y vio, en el asiento de atrás, el cadáver envuelto en trozos de saco, con la cabeza descubierta.

La sangre pareció congelarse en las venas de Jorge. Miró a todos lados, sin sacar la cabeza del interior del coche. Nadie… Nadie a la vista. Pero aquello sólo podía ser una trampa. Una trampa contra él, evidentemente. Ni siquiera un loco dejaría de comprender que algo había salido mal… Y ahora, la trampa. ¡La trampa contra él!

Sacó la cabeza del interior del coche y regresó corriendo a la casa. Sabía muy bien que la CIA acababa de dar el mejor de los golpes, el definitivo. Estaba acorralado, se lo decían… Era un modo extraño de hacérselo saber, avisándole, asustándole… Sí: la CIA estaba obrando de un modo sorprendente, irregular… ¡Pero no conseguirían otra cosa que matarle! Sólo eso. Él se encargaría de

que no tuviesen nada más de aquel asunto.

Llegó corriendo a la cocina, alzó la trampilla y se precipitó hacia el sótano. Sabía muy bien lo que tenía que hacer: destruir todo el material de que disponía en su caja fuerte oculta: microfilmes, balas de oro, nombres, lugares, claves… ¡Todo! Lo matarían, desde luego, pero no conseguirían nada más.

Abrió la caja fuerte a toda prisa, y comenzó a sacar papeles y dinero, así como pequeñas cajitas que contenían microfilmes y balas de oro… En pocos segundos, todo estuvo fuera de la caja, amontonándose a sus pies. Las balas de uro no podría destruirlas, ciertamente, pero eso ya no importaba. Lo que sí tenía que destruir eran los microfilmes, las hojas con los nombres de más de cien agentes en Estados Unidos, las libretas de claves… ¡Todo eso podía ser destruido! Finalmente, la caja quedó vacía: todo el material estaba a los pies de Jorge, que se volvió, crispado el rostro. Subiría a buscar un poco de gasolina, y podría…

—Hola, Jorge.

Capítulo VIII

El mulato quedó petrificado, con aquella fea mueca crispada en el rostro. Por un instante, en sus ojos apareció un destello de furia y su mano derecha se tensó…

—Puede sacar su pistola, si quiere. A mí no me importa matar… En eso, nos parecemos. Sólo en eso.

—¿Quién es usted? —musitó Jorge.

La negrita sonrió secamente, y comenzó a descender los escalones, despacio, siempre fija su mirada en el mulato. Cuando llegó abajo, movió hacia un lado la pequeña pistolita de cachas sonrosadas.

—Apártese de esas cosas. Creo que voy a llevármelas. Apuesto lo que quiera a que son interesantísimas. Jorge: le he dicho que se aparte. Sea obediente.

Jorge retrocedió unos pasos. Los dos se miraban fijamente. La negrita, vigilante. El mulato, esperando un descuido de aquella vigilancia. Y el descuido se produjo, en efecto. La negrita llegó ante el montón de papeles, se arrodilló junto a ellos, dejó de mirar a Jorge y tomó con la manita izquierda, sin dejar el bastón, una de las libretas de claves.

Naturalmente, Jorge no podía desaprovechar la ocasión. Lanzó inmediatamente su mano en busca de la pistola que se había puesto en el bolsillo del pijama, la sacó, la alzó…

Plof.

La negrita acababa de disparar. Sin moverse apenas, sólo apartando su mano derecha del cuerpo, en una asombrosa torsión de la muñeca. Jorge recibió el balazo en su mano derecha, que reventó en sangre y huesos astillados. La pistola saltó por el aire, manchada de sangre, y el mulato cayó de rodillas, gimiendo, sujetándose la mano derecha con la izquierda. Cuando miró a la negrita, vio la sardónica sonrisa de ésta. Sardónica, cruel,

perversa… Una sonrisa que llevó como una corriente helada a la sangre de Jorge.

—Pero, Jorge… —susurró pérfidamente la negrita—, ¡qué malas intenciones tiene usted!

—Le daré dinero… —jadeó él—. ¡Le daré tanto dinero como jamás ha soñado!

—Magnífica oferta. Pero debo decirle algo: tengo una cuenta corriente en un Banco de Suiza cuyo saldo en estos momentos, sin contar los intereses, creo que es de unos veinticinco millones de dólares… ¿Qué cantidad puede ofrecerme usted que le resulte interesante a una persona que tiene ya veinticinco millones de dólares? ¿Cien millones? ¿Doscientos? ¿Quinientos? Demasiado dinero, ¿verdad?

—Usted… usted no es negra… ¡Usted es blanca!

—Me fascina su inteligencia. ¿Qué más descubre en mí?

—No creo que tenga tanto dinero… Pero yo puedo darle mucho… ¡Muchísimo!

—Sería usted el primer hombre que hubiese comprado a Baby, Jorge. Demasiado honor para usted.

—No… Usted no es Baby… ¡Baby está muerta!

—Yo diría que no, pero no vamos a discutir eso. Si se refiere a las ilusiones del amigo que me tendió la estúpida trampa en Estados Unidos, junto al Hudson River, olvídelo. Espero que comprenda que fui yo quien le tendió la trampa a él. Una trampa que, gracias a un pequeño emisor de señales que dejó de funcionar poco después de ser traído a Bermudas, me permitió llegar hasta aquí. Lástima que descubriesen demasiado pronto el emisor. Eso ha retrasado mi acción directa contra ustedes. Cuando vi por última vez a los amigos que llegaron en helicóptero a Bermudas, estaban llegando a Hamilton, a pie, por carretera. Pasé por encima de ellos con un helicóptero. Tuve que dejarlo escondido algo lejos de aquí, y volver a pie, con el receptor de señales… Pero, de pronto, ¡puf!, dejó de funcionar. Sin embargo, durante el día he estado paseando por Hamilton, y al fin vi a mis amigos. Se dedicaban a vigilar a dos personalidades de la CIA que llegaron procedentes de Nueva York y que se alojaron en el Ambassador Hotel. Los estuve vigilando yo a ellos, entonces. Cosas del espionaje, Jorge. ¿Verdad? Los estuve vigilando hasta las dos de la madrugada, que fue cuando vinieron

aquí. Pero yo no sabía todavía que aquí estaba el jefe. Lo supe luego, cuando seguí a Jules Morant y a Berky… Los vi salir en último lugar, con usted. Llevaban un gran paquete, que identifiqué inmediatamente como un hombre muerto… Y como ese hombre tenía que ser enemigo de ustedes, esto es, un agente de la CIA, los seguí, les obligué a desenterrarlo y los maté a los dos. Pero antes de morir, Jules me dijo que usted era el jefe, así que volví aquí… después de visitar a Flindon, Rikov, Fonk y los demás. En estos momentos, Jorge, usted es el único superviviente del grupo.

—¡No!

—¿No?

—Es imposible… ¡Usted no ha podido matar a todos ellos…!

—He podido, de veras. ¡Soy más mala…! A todos los he pillado durmiendo. Desde luego, he tenido la delicadeza de despertarlos, para notificarles que iban a morir. Y entonces, cuando ya estaban bien enterados de que estoy muy disgustada porque me han asesinado nada menos que a tres Simones, ¡plop, plop, plop!, los he ido matando. Uno aquí, dos allá, otro acullá… Todos muertos, Jorge. ¿No sabía usted que Baby es una eficacísima asesina, cuando conviene?

—¡Baby murió!

—Es usted muy terco, Jorge. Pero hombre, ¿no ve que estoy viva? Flindon también creyó que estaba teniendo una pesadilla, pero se lo expliqué. Le dije: querido Flindon, cuando ustedes me dispararon en la orilla del río, yo llevaba puesto mi chaquetón; un chaquetón muy especial, forrado de fibra de titanio, capaz de detener cualquier bala… Eso sí, los balazos que me acertaron en la espalda me han producido unos feos y grandes hematomas, pero nada más. Caí al río, nadé bajo el agua y me fui adonde había dejado previamente mi helicóptero, como a dos millas de allí. Cuando regresé, se habían ido. Recogí mis cosas del coche, fui a la ciudad a hacer un par de pequeñas cosas, volví junto al helicóptero, puse en funcionamiento el receptor de señales… y llegué a una granja con el tiempo suficiente para ver cómo se iban todos en el helicóptero. Como sabía que el emisor de señales que llevaban tenía un alcance de más de cincuenta millas, me permití el lujo de visitar la casa. Y lo que vi allí no me gustó. Y supongo que no les gustó a mis amigos de la CIA. Yo había pensado ofrecerles otra cosa, pero,

guiados por el receptor que les había enviado, cuando llegaron allí sólo pudieron encontrar un cadáver. Otro cadáver de Simón. En fin… Desde luego, Flindon estaba asombradísimo, incrédulo… Creo que murió con una expresión de tonto auténtico.

—Los engañó a todos…

—Así parece. Es una de mis muchas cualidades: soy capaz de engañar a cualquiera. En cambio, es difícil que un cualquiera me engañe a mí. Pero estamos hablando demasiado, Jorge: el pobre «Cicero» debe estar llorando mucho mi prolongadísima ausencia. No es grato estar tanto tiempo encerrado en un helicóptero. Claro que luego le compensaré sobradamente: lo llevaré a su patria, pobre perrito.

—¿A quién? ¿A su perro?

—Así es. El Pobrecito «Cicero» es mexicano. De Chihuahua, concretamente. Es muy simpático. Le habría gustado conocerlo, Jorge. Pero no creo que usted pueda venir conmigo a Acapulco, ¿verdad?

—Podríamos hacer un arreglo…

—De acuerdo.

Jorge parpadeó fuertemente. Una chispa de esperanza brilló en sus diminutos y negrísimos ojos.

—¿Aceptaría un acuerdo conmigo?

—Claro, Jorge. ¿Por qué no? Estoy segura de que tiene algo que ofrecer que me parecerá muy valioso.

—Si cree que puedo conseguir tanto dinero como usted…

—No, no, no… Sólo quiero un nombre y una dirección, Jorge. Sólo eso.

—No comprendo…

La negrita sonrió de un modo tan duro que Jorge volvió a estremecerse de puro frío.

—Jorge: llevo catorce años dedicada al espionaje, los siete últimos en misiones y trabajos cada vez de mayor envergadura. Vamos a portarnos como seres inteligentes. ¿Si?

—Pero es que no comprendo…

—Quiero el nombre de la persona que verdaderamente está al frente de este fabuloso grupo de espías de las balas de oro.

—Yo dirijo el grupo.

—Ay, Jorge, Jorge… ¡Usted también cree que soy una pobre

tonta! ¿No quiere admitir que soy… diabólicamente lista? Vamos, vamos, hagamos las cosas con sensatez. Mire, usted es el… depositario del agente soviético que está dirigiendo todo el grupo de las balas de oro. Usted guarda los papeles, las libretas, las balas de oro… Usted habla con los hombres, usted da órdenes, usted decide… Pero sólo lo que se le manda que decida. Mi impresión es que hay alguien más, en Bermudas, que es mucho más importante que usted. Más inteligente, más cauto, más responsabilizado de su trabajo para la MVD rusa… No quiero ofenderle, Jorge, pero usted no es lo bastante inteligente ni importante para que la MVD le haya confiado nada menos que el asunto de las balas de oro.

—En cambio —sonrió al fin Jorge—, usted es demasiado lista.

—La inteligencia, como la hermosura, nunca es excesiva —sonrió la negrita—. Bien: ¿quién es ese hombre, el auténtico jefe del grupo de las balas de oro? ¿Dónde está?

—Está loca si piensa que voy a decírselo.

—Bueno… Al menos ya acaba de confirmarme que ese hombre, realmente, existe. ¿Es un traidor americano? ¿Un inglés de las Bermudas? ¿O es un auténtico ruso con documentación falsa, afincado en Bermudas o en Estados Unidos?

—Si tan lista es, averígüelo —rió secamente Jorge.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Porque si no lo hago, ese hombre volverá a formar otro grupo… Y digo otro grupo, porque naturalmente, el actual será aniquilado por la CIA en veinticuatro horas. Estos papeles que usted ha tenido la gentileza de sacar de su caja fuerte, les ayudarán a encontrarlos a todos muy rápidamente.

—Usted fue quien llamó a la puerta…

—Llamé, le dejé salir, entré yo, me escondí sabiendo que usted comprendería que era una trampa y que querría destruirlo todo… y cuando iba a hacerlo, aparecí en esa escalera… —rió la negrita—. ¡Es maravilloso cómo su inteligencia se va despejando! Pero ni así es la suficiente para dirigir el grupo de las balas de oro en mi patria. Más de cien espías, que pueden volver a ser instalados por ese inteligentísimo hombre que trabaja para la MVD. ¿Quién es ese hombre, Jorge? ¿Dónde está? Se lo pregunto por última vez… con buenos modales.

—Tendrá que usar los malos modales.

La negrita se quedó mirando pérfidamente al mulato. Por fin, asintió con la cabeza.

—También estoy acostumbrada a los malos modales… —musitó —. Usted lo ha querido, Jorge.

Se acercó a él, y, de pronto, su pie salió disparado hacia el rostro del mulato. El impacto fue fortísimo, y derribó a Jorge de espaldas, con los labios partidos. Cuando, tras sacudir la cabeza, volvió a mirar a la negrita, ésta recogía una pala que hasta entonces había estado apoyada en la pared. La pistolita desapareció en el escote, y la negrita se acercó con la pala en alto. Su rostro era una dura máscara negra, en la que comenzaban a verse churretes producidos por el calor, dejando ver líneas de un rostro blanco, delicado.

—¿Quién es el hombre, Jorge?

El mulato ni siquiera contestó. La negrita alzó más la pala, y la dejó caer, con terrorífica fuerza, contra la pierna derecha de Jorge. Fue un golpetazo tremendo, por encima del cual se oyó el seco crujido del hueso roto. Jorge lanzó un aullido escalofriante, y perdió el sentido. Así de simple.

Cuando volvió a abrir los ojos, notando en su boca el fuerte sabor del *whisky*, volvió a ver a la negrita, que se apartó enseguida, dejando la botella a un lado.

—Me permití subir arriba para obsequiarle con *whisky*… ¿El nombre de ese hombre? ¿Dónde está?

—No… no se lo… diré…

En el extremo del bastón de la negrita apareció el largo, agudo, afiladísimo estilete. La velocidad de movimientos de la muchacha fue escalofriante… Y al término de los dos tajos, las dos orejas de Jorge estaban en el suelo, junto a él, que volvió a chillar, y alzó sus manos, una de ellas destrozada por el balazo, en busca de sus orejas… La sangre salía a chorro por allí, y eso era todo.

—¿Más *whisky*? —ofreció amablemente la negrita.

Volvió a coger la botella, la colocó sobre la cabeza de Jorge con el gollete boca abajo, y el licor cayó sobre la cabeza del mulato, resbalando enseguida hacia donde había tenido dos feas y negras orejas. Jorge comenzó a chillar como si lo estuvieran haciendo pedazos… lo cual se aproximaba bastante a la realidad.

—Puede gritar cuanto quiera… Es muy temprano, de modo que no hay nadie por la calle. Además, estamos en un sótano, con la

trampilla echada. ¿El nombre de ese hombre? ¿Su domicilio? Vamos, vamos, Jorge, no me obligue a pincharle un ojo. Sabe muy bien que voy a hacerlo si en menos de tres segundos…

—¡Se lo diré! ¡Se lo diré! —aulló el mulato.

—Magnífico. ¡Lo ve, hombre! ¡Podía haberse ahorrado tantas molestias…! Ah, una cosa: será mejor que me diga la verdad, porque voy a dejarle aquí, atado, hasta terminar mi trabajo. Y si me ha mentido, volveré. Oh, sí, volveré… ¿Comprende lo que eso significaría, Jorge?

—Le diré… le diré la verdad… ¡Se lo voy a decir!

—Pues adelante, Jorge.

Y, efectivamente, Jorge lo dijo. La negrita se quedó unos segundos pensativa. Por fin, asintió con la cabeza. Dejó la pala donde la había encontrado, tras frotar el mango con un trozo de saco; hizo lo mismo con la botella, pero acabó por romperla tirándola contra una pared. Luego, recogió todo lo que había contenido la caja fuerte de Jorge, incluidos los cien mil dólares que había traído Flindon.

Finalmente, con el bastón en la mano izquierda, se acercó a Jorge y se quedó mirándolo malignamente.

—Sé que me ha dicho la verdad, Jorge. Y, sinceramente, admito que debería estarle agradecida. Sin embargo, hay cosas que Baby jamás perdona. Una de esas cosas es la muerte de un Simón. Ni siquiera sé el nombre de ese compañero que usted asesinó hace unas horas, pero eso, para mí, no tiene la menor importancia. Usted mató a Simón: Baby le mata a usted. Así de sencillo.

La hoja de acero apareció en el extremo del bastón. Jorge se crispó, retrocedió pegándose más aún a la pared, de espaldas… Pero la hoja de acero era muy larga. Y tan afilada que cuando se clavó en la garganta del mulato, ni siquiera se oyó el rasgar de la carne.

Eso fue todo.

* * *

—Sí, señor… —asintió amablemente el conserje del Ambassador Hotel—. Tenemos preparada la cuenta de ustedes, y hay un taxi esperando para llevarlos al aeropuerto… Oh, tiene usted un paquete, señor Pitzer.

El conserje le entregó un paquete envuelto en papel de periódico, sobre el cual destacaban las letras, escritas en rojo con un bolígrafo, evidentemente. Charles Alan Pitzer tomó el paquete y miró a Simón, que a su vez lo miraba a él.

—¿Quién lo ha traído? —susurró Pitzer, al fin.

—Pues no lo sé, señor. Lo encontré sobre el mostrador… Debieron dejarlo aquí esta madrugada, en un momento en que yo tuve que ausentarme brevemente.

—Entiendo. Gracias.

Se alejaron los dos unos pasos. Pitzer abrió el paquete… y los dos se quedaron mirando el pequeño receptor de señales. Era idéntico al que habían recibido en Nueva York por medio de una mensajería de servicio urgente durante las veinticuatro horas del día. Los dos espías cambiaron una nueva mirada. Luego, despacio, Pitzer apretó el botón que ponía en funcionamiento el aparato. Inmediatamente, la aguja se movió, señalando hacia sus espaldas, y la señal comenzó a oírse, con tal intensidad que Pitzer apagó inmediatamente el aparato.

Volvió ante el mostrador.

—Olvide lo de nuestra cuenta, por el momento. Y despida al taxi. Nos quedaremos un día más, quizá.

—Muy bien, señor Pitzer.

Inmediatamente, Simón y Pitzer abandonaron el hotel. Eran las ocho de la mañana.

A las ocho y diez, tras algunas vacilaciones, habían llegado ya ante aquella casa, a la cual señalaba la aguja con una fijeza indiscutible. Y la señal era tan fuerte que no cabían ya más dudas.

—Ahí tiene que ser —susurró Pitzer.

—Una tienda de tabacos, *souvenirs*, artículos deportivos… Está cerrada. ¿Llamamos?

—Demos una vuelta antes. Parece que tiene entrada por atrás también.

En pocos segundos estaban en la parte de atrás. Se acercaron a la puerta, y Pitzer soltó un gruñido al comprobar que estaba abierta. Simón la empujó y fue el primero en entrar. Precisamente, el último lugar que visitaron fue la cocina… Y vieron enseguida la trampilla abierta. No vacilaron en bajar. Sabían que quien les enviaba los receptores de señales jugaba de parte de ellos.

Lo primero que vieron, todavía en los escalones, fue al hombre tendido sobre una mesa improvisada con sacos y tablas. Tenía muchas señales de golpes en el rostro, pero habían sido limpiadas de sangre y costras; parecía haber estado sucio de tierra, pero había sido concienzudamente limpiado; sus manos descansaban en gesto de paz sobre el pecho. Y sus cabellos estaban peinados, ordenados.

—Es Rowell —musitó Simón, ya ambos junto al cadáver.

Pitzer señaló hacia el otro cadáver. Los dos fueron allí, y se estremecieron al ver el estado en que había quedado el negro. Simón miró a su alrededor, casi sintiendo náuseas. Vio la caja fuerte abierta y la señaló. Pitzer fue el primero en llegar allá, pálido como un cadáver más de aquel asunto. Metió la mano dentro, pero, como esperaba, la caja estaba vacía. Es decir, no del todo… Encontró unos papeles, en el fondo, que sacó lentamente. Eran dos fotografías… Y ambos respiraron al ver en ellas sus propios rostros.

Inmediatamente, Pitzer dio vuelta a las fotos. Y, en efecto, en el dorso de una de ellas, escrito con bolígrafo de tinta roja, se veía el mensaje, en letra torpe, fea, desigual:

> *«Los estuvieron vigilando durante todo el día de ayer. Pueden quedarse las fotos como recuerdo. Si además les interesa saber todo lo relacionado con el asunto de las balas de oro, y capturar en veinticuatro horas a más de cien espías que trabajan en Estados Unidos para la MVD, consigan doscientos cincuenta mil dólares, en billetes de mil, nuevos, y preséntense en Central Park, New York, mañana, a las diez de la mañana, llevando un clavel en el ojal».*

—Bien… —musitó Simón—. Parece que vamos a tener que volver a Nueva York, después de todo.

Pitzer asintió con la cabeza. Luego se quedó mirando a Rowell, que parecía muerto en paz, debido a la suavidad con que habían sido colocados sus músculos faciales, sin duda con un suave masaje que había roto la rigidez *post mortem*.

—Tres muertos y doscientos cincuenta mil dólares… —susurró casi rabiosamente—. Eso le ha costado a la CIA, de momento, haber despedido a Baby. ¡Acapulco! ¡Bah, al demonio! ¡No me lo creería ni aunque pudiera verla ahora allí mismo!

* * *

El sargento ayudante no creía lo que estaba viendo. No es que fuese una visión fantasmal, o algo por el estilo, pero, ciertamente, jamás había visto una dama con aquel aspecto tan señorial, simpático y, todo hay que decirlo, bastante chapado a la antigua. Debía tener unos setenta años, pero era enérgica, decidida, vivaz… y hasta simpática. Cabellos blancos, espejuelos que se sostenían al parecer milagrosamente en la aristocrática nariz, bastón con puño de plata repujada… Llevaba un maletín de raso negro y lo agitaba, al mismo tiempo que blandía el bastón, casi airadamente.

—¡Le digo que me recibirá, joven soldadito! ¡Haga el favor de anunciarme!

—Pero, señora… Le aseguro que está muy ocupado…

—¡Pues que se desocupe! ¡Además, sé que eso no es cierto! ¡Está solo en su despacho!

—Puedo atenderla yo…

—¡No, señor! ¡Quiero verle a él y solamente a él!

—Bien… Perdóneme un momento… Haré lo que pueda.

El sargento fue a una puerta en la cual se leía el nombre del ocupante del despacho militar: «Coronel Howard D. Chariton». Llamó, entró… y salió unos segundos más tarde, haciendo señas a la aristocrática dama, que se acercó presurosamente, con su gracioso caminar de ancianita enérgica.

—El coronel la recibirá —manifestó el sargento.

—¿No se lo dije? ¿Eh? ¿No se lo dije? ¿Con quién se creía usted que estaba hablando, joven soldadito?

El sargento volvió a refunfuñar algo y cerró la puerta cuando la dama hubo entrado en el despacho. Dentro de éste, un hombre alto, apuesto, de unos cuarenta y cinco años, se puso en pie. Tenía una expresión inteligente, pero parecía un poco confundido. Su uniforme era de coronel de la Armada inglesa.

—Buenos días, coronel Chariton —saludó la dama.

—Buenos días, señora… Perdone, pero el sargento se ha… hecho un lío con su nombre…

—Annette Simonet, *Duchesse* de Montpelier.

—Ah… Duquesa… Bien, por favor, tenga la bondad de sentarse.

—Gracias.

Madame la Duchesse fue al sillón que le señalaba el coronel inglés y se sentó, mirando a todos lados con evidente reprobación. No le gustaba el despacho, estaba bien claro. Pero lo miró todo muy atentamente, incluso el gran retrato de la reina Isabel. En pocos segundos pareció quedar enterada de que allí no había nada que mereciese su señorial interés, y entonces su mirada fue hacia la ventana que había detrás del coronel. Se levantó de pronto, fue allí, y miró al exterior. Vio el pequeño jardín, los esbeltos árboles de aguda copa, los parterres. Más allá veía el mar, azul y blanco, hermosísimo, rutilante al sol del joven día.

Howard D. Chariton carraspeó, vuelto en su asiento.

—¿En qué puedo servirla, *madame*? —se interesó, intrigadísimo.

—Bien… —Ella volvió a ocupar su asiento—. Si no me equivoco, coronel Chariton, estamos en las islas Bermudas.

—En efecto —parpadeó Chariton.

—Concretamente, en la llamada Saint George, donde ustedes, los ingleses, y esos antipáticos norteamericanos tienen unas bases navales.

—Pues… sí. En efecto, *madame,* así es.

—Y usted es, sin duda alguna, el coronel Howard D. Chariton.

Éste estaba en verdad desconcertado.

—Para servirla, *madame*.

—Es usted muy amable. ¿Qué opina de los traidores, coronel?

—¿Los… traidores?

—Sí, sí: los traidores. A mí nunca me gustaron. Vea: usted tiene en esta base una posición privilegiada realmente. Conoce militares norteamericanos, todo el movimiento de la base naval, planes de maniobras… Y muchas otras Cosas. ¿Verdad que estaría feo que usted facilitase toda esa información, aunque no sea demasiado importante, a potencias «no amigas»?

—*Madame*…

—¿Estaría feo o no?

—Desde luego. Pero…

—¿Hasta qué punto le parecería feo, además, ser el punto central de un grupo numerosísimo de espías rusos afincados en Estados Unidos?

Howard D. Chariton palideció intensamente.

—¿Cómo? —musitó.

—Los norteamericanos se enfadarían mucho con usted, ¿no es cierto? Y también sus compatriotas, los ingleses. Mire, ser espía no es feo en sí. Lo feo es… hacer cosas feas. Y la traición siempre ha sido y será fea. Por ejemplo, si usted fuese un espía británico, la cosa me parecería simpática. Adoro a los espías. Pero siento una repugnancia invencible por los traidores, sean o no sean espías. Ahora, imagínese, además, que un traidor está perjudicando terriblemente a mi patria. Me refiero a Estados Unidos.

—¿Estados Unidos? Pero su nombre…

—Es un nombre falso, coronel. Soy norteamericana.

—Bien… Pero no entiendo…

—Entenderá pronto, *monsieur* le coronel. Le traigo recuerdos de Jorge.

Definitivamente, Howard D. Chariton quedó lívido como un cadáver.

—¿De… Jorge? —Casi gimió—. No comprendo…

La anciana dama sonrió casi amablemente. Pero, a través de los lentes de los espejuelos, sus negrísimos ojos parecían duros como piedras.

—¿No conoce a un mulato feo, viejo y asqueroso llamado Jorge? —se interesó.

—No…

—Ah. Lamentable. Entonces, no aceptará usted los saludos que él le envía. ¿Cierto?

—Cierto… *Madame*, ¿quién es usted? ¿Qué quiere?

La anciana dama mostró de pronto su mano derecha, en la cual brillaba una pequeña pistola con cachas sonrosadas, que quedó apuntada a la cabeza del inglés con una firmeza terrible.

—Voy a contestar a sus preguntas, coronel. Soy la agente Baby, de la CIA. Estoy hablando de espionaje y traición. Y lo que quiero es su vida. Y yo, coronel, siempre obtengo lo que quiero. Espero que Jorge le dé personalmente sus saludos en el infierno.

Plop.

Chariton había hecho intención de levantarse, pero la balita le acertó de lleno en la frente, y lo volvió a sentar, suavemente. Se quedó como petrificado, con los ojos abiertos, la boca crispada en un gesto de espanto. Por fin, tras un par de segundos que parecían no iban a consumirse, la cabeza de Howard D. Chariton cayó sobre

el pecho. El pequeño agujero en la frente casi no se veía.

Con una tranquilidad estremecedora, la anciana duquesa de Montpelier se puso en pie, se acercó al inglés y puso dos deditos en un lado del cuello. Sonrió secamente, y se apartó de él. Colocó el maletín negro sobre la mesa y le quitó la funda de raso, de modo que quedó convertido en un simpatiquísimo maletín rojo con florecillas azules. De allí sacó unos *shorts* blancos y una blusa roja, que dejó sobre la mesa. Enseguida comenzó a quitarse cosas de encima: la peluca, las microlentillas de contacto, el austero vestido negro, los zapatones… Prenda a prenda, fueron colocadas bien prietas dentro del maletín rojo con florecillas azules. La «anciana» ya solamente en sujetadores y pantaloncitos, se puso los *shorts* y la blusa. Y… *voilá*!, de *madame la duchesse* de Montpelier, se pasó a la agente Baby. Una metamorfosis que sólo quien la viera podría creerla.

Siempre impávida, la más sensacional espía de todos los tiempos se aseguró de que no quedaba rastro de su paso… a excepción del cadáver, naturalmente. Por fin, fue a la ventana, la alzó, echó un vistazo al exterior y saltó sobre el césped, para alejarse sin prisas de allí, como una deliciosa, estupenda, maravillosa, bellísima… y mortífera muñequita de ojos azules y cabellos negros.

Casi una hora más tarde, mientras en la base naval se buscaba desesperadamente a una anciana dama vestida de negro, un helicóptero volaba, todavía un poco bajo, sobre el hermoso mar centelleante, hacia el Oeste, hacia la costa de los Estados Unidos de América.

* * *

Unas veinticuatro horas más tarde, en Central Park de Nueva York, Charles Alan Pitzer miró una vez más su reloj. Lanzó un gruñido y dijo:

—Son las diez y veinte.

—Ya vendrá —dijo Simón.

—Podría habernos ahorrado esperar aquí, teniendo su apartamento aquí delante mismo —refunfuñó Pitzer.

—¿Sigue pensando que será ella quien venga a entregarnos microfilmes y cosas así a cambio de los doscientos cincuenta mil

dólares?

Charles Alan Pitzer frunció el ceño. Estaban los dos sentados en un banco de Central Park, bien visibles, cada uno con un clavel en el ojal. Los claveles les habían costado baratos, ya que tenían una floristería... Pero lo que fuesen a recibir, les iba a costar doscientos cincuenta mil dólares. No a ellos, pero sí a la CÍA.

—Sigo pensando que será ella. Vendrá disfrazada de algo, pero la identificaré.

—Bien... De todos modos, tenga en cuenta que ella va a prestar un gran servicio a la patria, señor, si es que realmente va a facilitarnos los nombres de más de cien espías que trabajan para la MVD.

—Pero quiere doscientos cincuenta mil dólares por ese servicio.

—Ya no trabaja para la CIA —sonrió Simón—. Durante años, Baby ha estado jugándose la vida por un sueldo que no era precisamente una maravilla. Puesto que la han despedido, que paguen ahora sus servicios como ella merece. Y, de todos modos, los dos sabemos que los rusos le habrían dado muchísimo más por evitar que esos agentes suyos sean detenidos. Ella ha vengado a sus Simones, ha conseguido resolver el asunto de las balas de oro... Pero como ya no trabaja para la CIA, que la CIA le pague el trabajo realizado. A favor de su patria siempre, pero cobrando. La culpa no es de ella, sino de la CIA misma. Ella...

—¡Sssst...! Fíjese en esa dama anciana que nos está mirando, Simón. Ya ha pasado antes por aquí, me parece.

—¿Cree que es Baby? —susurró Simón.

—¡Seguro que sí! ¡Es un demonio disfrazándose! Pero a mí no podrá engañarme... ¡No a mí, se lo aseguro! Cuidado... Simule que no se da cuenta de nada... No la mire directamente. ¡Menuda desfachatez tiene esa muchacha! ¡Por todos los demonios...!

Simón dejó de mirar directamente a la anciana. Y entonces vio la gran camioneta «Ford» que se detenía cerca de ella. De ella se apeó un hombre alto, atlético, de unos cuarenta años. Un ejemplar formidable, de frente despejada, mirada noble... Abrió la puerta de atrás de la camioneta y tendió las manos hacia dentro. Simón tragó saliva cuando vio salir, ayudado por aquel hombre, a un niño que llevaba aparatos ortopédicos en las piernas El muchachito se quedó en el suelo, un tanto vacilante, pero con una valiente sonrisa en los

labios. Luego, el hombre sacó a otro niño, y luego, por fin, a una niña, Los tres en idénticas condiciones. Simón tragó saliva y miró de reojo a Pitzer, que había palidecido un poco y se sentía realmente incómodo.

—Por Dios… —murmuró Simón—. Esta es una de las cosas que más me entristecen en la vida, señor. Mírelos… La niña no debe tener ni siquiera seis años… Pobres niños…

—¿Por qué no se calla? —mascculló roncamente Pitzer.

Los niños, seguidos por el apuesto conductor de la camioneta, caminaban difícilmente, pero con indomable voluntad, acercándose a ellos. Por fin, para angustia de los dos espías, se detuvieron delante del banco, y los miraron a los dos, sonriendo.

—Buenos días, señor —saludó la niña—. Buenos días, señor más joven.

—Bu… buenos días… —sonrió Simón, como si le estuviesen acuchillando las tripas—. ¿Vas de paseo?

—Sí, señor… Hemos venido a verlos a ustedes, y a darles las gracias.

—¿La… las… gra… gracias…? ¿Por qué?

—Por el dinero que nos van a dar para nuestro hospital. Hay muchos niños con poliomielitis allí, señor más joven. Tenemos de todo, pero el doctor Forrester —señaló al apuesto y sonriente individuo— dice que los niños, además de tener de todo, deben tener cosas que les sobren. Y nosotros compraremos cosas de ésas con su dinero.

—¿Con mi dinero?

—Perdone a Betty… —sonrió el doctor Forrester—. Ella se está haciendo un lío. Aprendió bien lo que tenía que decirles a ustedes, pero se está complicando la vida. ¿Me dejas hablar a mí, Betty?

—Sí, amigo Clinton —rió la niña.

Sonriente, el médico extrajo un sobre de un bolsillo interior y se lo tendió a Pitzer.

—Un caballero barbudo y simpático estuvo a vernos anoche, en el hospital. Dijo que unos caballeros que estarían esta mañana en Central Park, con claveles en las solapas, nos iban a dar doscientos cincuenta mil dólares para ayuda de los niños del hospital, pero que esos caballeros, o sea, ustedes, si no me estoy equivocando, no querían que sus nombres fuesen mencionados como benefactores. Y

que por eso teníamos que venir aquí a recoger el dinero, y no preguntarles ni siquiera sus nombres. El caballero barbudo y simpático me entregó este sobre para ustedes. Naturalmente, no lo he abierto.

Charles Pitzer y Simón consiguieron, al fin, salir de su asombro. El primero tomó el sobre, lo abrió tras romper el lacre y echó un vistazo al interior. En pocos segundos supo que aquella información de espionaje era la que habían estado esperando…

—¿Todo está bien, señor? —sonrió el doctor Forrester.

—Sí… Sí, todo está bien, sí…

Simón tomo el portafolios y lo tendió a la niña, sonriendo cariñosamente.

—Toma, Betty. Para ti y tus amiguitos. Hay mucho dinero aquí dentro, ¿sabes? Tenéis que prometerme que no vais a malgastarlo en casos que no sean buenos o útiles.

—Sólo compraremos muchas cosas buenas para todos —prometió muy seriamente la niña.

—Bueno… —dijo Pitzer, apretando el sobre—. Tenemos que marcharnos enseguida…

—Ustedes saben, naturalmente, dónde está nuestro hospital… —dijo el doctor Forrester—. Si alguna vez quieren visitarnos, estaremos encantados de recibirles. Claro que si quieren conservar su anonimato…

—Bee… Sí, sí, eso es… Nosotros, sí, nosotros… Eso: no queremos publicidad, no…

—Comprendo que tienen mucha prisa —sonrió Forrester—. Ciertamente, unos caballeros capaces de regalar doscientos cincuenta mil dólares deben tener muchos negocios importantes que atender. Ya no les molestamos más. Adiós, caballeros. Tommy, Jerry, Betty: decid adiós a nuestros amigos.

—Adiós, señor.

—Adiós, señor.

—Adiós, señor… Y a usted también, señor joven.

—Adiós… —tartamudeó Simón—. Adiós, Betty…

—¿Vendrán a vernos alguna vez?

—Pues… seguramente, sí…

Los tres niños se alejaron hacia la camioneta. Los vieron subir, alejarse, moviendo las manos en un saludo de despedida final…

—Por el amor de Dios… —musitó Simón—. Tengo el corazón pequeñito y encogido como una pasa. ¿Qué significa todo esto, señor? Ahora sí que estoy convencido de que… ¡Por el cielo, todo esto sólo es capaz de tramarlo una persona! ¡Sólo una persona en el mundo!

Los dos se volvieron velozmente hacia la anciana que parecía haber estado espiándoles, o poco menos.

Y respingaron a la vez al verla ante ellos, mirándoles con una sonrisita tímida y amable.

—¿Se marchan ustedes? —se interesó.

—Sí… Sí, señora…

—Ah… Entonces podré sentarme en este banco. Yo lo llamo mi banco, ¿saben? Aquí da siempre el sol, y se ve mucha zona del parque, y a los niños jugando… He estado a punto de venir a pedirles que me dejasen un huequecito, pero no me atrevía… ¿Puedo sentarme ahora?

—El banco es todo para usted, señora —sonrió Simón—. Y la próxima vez, no vacile en pedirnos ese huequecito.

—Qué joven tan amable… —sonrió la anciana—. Es usted muy simpático. Si lo hubiese sabido antes…

—Vámonos… —Gruñó Pitzer, agitando el sobre—. Tenemos que ir inmediatamente a Washington. ¡Hay mucho trabajo por delante!

Se alejaron de allí a toda prisa. Estaban ya saliendo del parque, en el coche, cuando Simón miró sonriente a Pitzer.

—Bueno, ¿qué me dice de la ancianita? ¿Era o no era Baby?

—Qué me maten si lo sé… —refunfuñó Pitzer—. Pero eso no importa ahora, Simón. Aunque esa dama no sea Baby, a nosotros nadie nos convencerá de que no ha sido ella quien ha resuelto el *affaire* de las balas de oro. Si de verdad está en Acapulco… ¡que se divierta!

Este es el final

La señorita Montfort entró en la lujosísima *suite* del fantástico Bahía Hotel, de Acapulco, y se dirigió directamente al dormitorio. Se quitó el cortísimo, azulísimo y encantador albornoz, quedando solamente en bikini. Un bikini rojo, tremendamente diminuto.

Fue al armario y eligió una salidita de baño que era un encanto. Llegaba un poco acalorada de tanto sol, de agua de mar azul y refulgente…

Estaba todavía buscando algo dentro del armario, cuando, de pronto, se volvió velozmente. Se quedó mirando hacia la puerta del cuarto de baño, en la cual acababa de aparecer, silencioso como un gato, un atleta bronceado, altísimo, atlético, formidable. Llevaba pantalones blancos y un jersey de hilo negro. También sus ojos eran negrísimos, en contraste con sus cabellos color cobre. Su rostro parecía tallado en piedra, recio, viril, atractivo.

Se acercó a Brigitte Montfort, la abrazó suavemente y la besó en los labios, sin prisas, sin forzar la situación, con una calma contenida, firme… y apasionada a la vez. Cuando el beso terminó, ella rodeó el cuello masculino con sus bracitos, y suspiró, mirando aquellos negrísimos ojos.

—¿Hace mucho que has llegado? —musitó.

—Poco más de una hora. Te vi en la playa, pero preferí esperarte aquí. ¿Te has asustado?

—¿Tú qué crees? —rió ella, dulcemente.

—No creo que nadie pueda asustar a Baby… —sonrió también él —. ¿Cómo te van las cosas con la CIA?

—Mal. Pero eso no importa.

—¿Estás en algún apuro? Recibí tu telegrama procedente de las Bermudas citándome aquí, y salí de Villa Tartaruga a toda velocidad… ¿Me necesitas para algo?

—Sí… He decidido tomarme un par de semanas de vacaciones

auténticas en Acapulco y pensé… que no te molestaría compartirlas…

—¿Sólo me necesitas para eso? —murmuró él roncamente.

—Sólo. Pero si el fabuloso espía Número Uno está demasiado ocupado para atender a esta pobre espía solitaria…

—Número Uno siempre está libre para su Baby. Para morir por ella, o para amarla. Tú elige.

—Querido… —rió ella—, ¿alguna vez te he parecido tonta?

FIN